

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMÁTICA.

---

EL PARAISO  
DE MILTON,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

*v*

DON ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

---

*(L.) Mariano Otero*

MADRID.  
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.  
1878.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

Parte que  
corresponde  
á la Galeria

TÍTULOS. ACTOS. AUTORES.

COMEDIAS Y DRAMAS.

3	2	Amor en la ausencia.....	1	D. Ángel Rodriguez....	Todo.
3	2	A'ún valiente otro mayor....	1	Marcos Zapata.....	»
3	2	Caer en la trampa.....	1	Eduardo S. Castilla..	»
»	»	C. Martinez.....	1	Lasala y O. de la Torre	»
3	2	Corbata roja.....	1	Manuel Noguerras. . .	»
2	2	El hombre perro.....	1	J. G. de Lima.....	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D. <sup>a</sup> Camila Calderon....	»
»	»	El mestre de fer coloquis....	1	D. F. de P. Huertas....	»
»	»	El nono no desear.....	1	José Barreda.....	»
4	2	El que al corazon no llama..	1	Manuel Urban.....	»
5	2	El otro yo.....	1	José Estremera.....	»
3	1	El verdugo de sí mismo.....	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Entre dos fuegos.....	1	Gerardo Velez.....	»
3	1	Específico moral.....	1	Eusebio Sierra.....	»
3	2	Ganar la plaza.....	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos . .	»
2	2	La flor del humbrío.....	1.	Ángel Rodriguez. . .	»
3	1	La muñeca—j. o. p.....	1	Pedro Escamilla. . . .	»
»	»	La tea de la discordia.....	1	F. de P. Huertas....	»
1	2	La vendetta—j. a. v.....	1	José Estremera.....	»
»	»	Las escuelas en España.....	1	Francisco Palanca... .	»
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. E. Sierra y A. Sanchez Ramon.....	»
»	»	Los caribes.....	1	D. Manuel Noguerras. . .	»
2	4	Los dos sobrinos y el tío.....	1	José Conde Souleret..	»
4	1	Los matrimonios del dia—j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y Villanía.....	1	V. M. de la Tejera... .	»
5	»	Paz octaviana.....	1	Manuel Noguerras. . .	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.....	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha.....	1	D. Pelayo del Castillo..	»
3	3	Una mujer por dos horas....	1	J. G. de Lima.....	»
»	»	Un empleo encomanat.....	1	F. de P. Huertas....	»
7	5	Voz del pueblo, <i>parodia</i> .....	1	Fuentes y Solsona... .	»
3	3	Con la música á otra parte... .	2	Vital Aza.....	»
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	R. Lopez del Rio....	»
»	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	J. M. Anguita.....	»
»	»	Jugar á la política.....	2	Ildefonso Valdivia... .	»
5	3	Próspero y Vicente.....	2	R. Lopez del Rio....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez. . . .	»

# EL PARAISO DE MILTON,

**DRAMA**

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA**

Y

**DON ARTURO GIL DE SANTIVANES.**

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el día 5 de  
Diciembre de 1878.

---

**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

DÉBORA. ....	D. <sup>a</sup> ELISA MENDOZA TENORIO.
ISABEL.....	D. <sup>a</sup> LUISA CALDERON.
SUSANA.....	D. <sup>a</sup> RITA REVILLA.
MILTON. ....	D. RAFAEL CALVO.
PHILARAS (1).....	D. RICARDO CALVO.
OVERTON. ....	D. DONATO JIMENEZ.

---

La accion en Londres, 165\*\*\*

(1) Pronunciase Filaras.

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

**AL SR. DON RAFAEL CALVO,**

**PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DEL TEATRO ESPAÑOL.**

**Testimonio de admiracion y prenda de amistad,**

*Los autores.*



---

## ACTO PRIMERO.

---

Casa amueblada modestamente al gusto de la época. Una mesa llena de papeles, etc., etc. Puertas al foro y laterales. Dos puertas á la derecha del espectador; una reja á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

ISABEL, DÉBORA, SUSANA.

La primera sentada, pensativa; la segunda bordando é hilando la tercera.

SUSANA. ¿Lo acabarás?

DEBORA. Ya lo creo;  
ánten que vuelva Ricardo,  
no esta labor, otras muchas  
acabára.

SUSANA. Pues qué ¿tanto  
tardará?

DEBORA. ¿Sábelo el cielo!  
Tal vez meses... tal vez años!  
Acaso no vuelva á verle!

SUSANA. Vaya un pensamiento raro!

DEBORA. Quizás en estos momentos  
se encuentre herido en el campo  
sin que nadie le socorra,

- sin que nadie le dé amparo!
- SUSANA. Vela el Eterno por todos!  
ni las hojas en el árbol  
se agitan si no las mueve  
su poder fecundo y sabio!  
Por él velará, hija mia,  
y le traerá pronto en salvo  
á Lóndres.
- DEBORA. Que Dios te oiga!  
Mas, á mi pesar, batallo  
con una idea terrible.  
Si él muriera!... ¡Cielo santo!
- SUSANA. Desecha tales ideas,  
que esos pensamientos malos  
te inspira el demonio, hija!  
Piensa todo lo contrario;  
él volverá de la guerra  
y volverá más bizarro!
- ISABEL. ¡Ay Dios!
- SUSANA. (Á Débora.) Oíste?
- DEBORA. (Á Susana.) Silencio!
- ISABEL. ¿De qué hablábais?
- DEBORA. De Ricardo.
- ISABEL. Ah! ¿Supiste?...
- DEBORA. Nada supe.
- ISABEL. Su silencio es bien extraño!
- DEBORA. ¿Verdad que sí, madre mia?  
Hace cinco meses largos  
que no escribe, y ya mi alma  
se llena de sobresalto!
- ISABEL. ¡Maldita guerra!
- DEBORA. ¡Maldita!
- SUSANA. (Severa.) Estais á Dios ultrajando!  
La guerra es santa, si se hace  
del Señor por el mandato,  
y Dios ordenó esta guerra  
para humillar al osado  
rey de Babilonia!
- ISABEL. ¡Calla!
- SUSANA. Para humillar al Stuardo.
- ISABEL. Oh!
- DEBORA. Susana!



- SUSANA. Si la raza  
de Judá se lanza al campo,  
¿quién si de la Tribu es hijo  
no da auxilio á sus hermanos?
- ISABEL. Cállate... siempre lo mismo.
- SUSANA. Os obedezco y me callo;  
pues veo que el amo llega,  
que si no...
- DEBORA. (Con dulzura.) Yo te lo mando.

## ESCENA II.

DICHOS, MILTON.

Milton sale andando lentamente y extendiendo los brazos  
como si viera muy poco.

- DEBORA. Padre mio! (Yendo á su encuentro.)
- MILTON. Hija de mi alma!
- DEBORA. Tomad, buen padre, mi mano  
y dejadme que os conduzca.
- MILTON. Gracias... sí, sé tú mi báculo.
- ISABEL. Milton...
- MILTON. Mi bien, aquí estabas?  
Perdóname, que el trabajo...  
mi vista, mi pobre vista  
va haciendo tan débil, tanto,  
que cuando entré ví unos bultos  
y no más.
- DEBORA. No os dais descanso,  
pasais el dia escribiendo...
- ISABEL. Y aun la noche.
- DEBORA. Haceos cargo  
de vuestra edad.
- MILTON. Hija mia,  
aunque me pesen los años  
aún puedo velar, aún puedo  
escribir... y... oidme: trato  
de terminar mi poema.
- SUSANA. Bien; mas si por terminarlo  
acabais con vuestra vista,  
veremos qué vais ganando.

- MILTON. Tambien me acusas, Susana?  
SUSANA. Sí señor, quiero probaros...  
MILTON. ¿No es cierto que es grande idea  
la que el cielo me ha inspirado?  
El Paraiso perdido...  
ese es mi sueño fantástico.  
DEBCRA. Y será al fin nuestra gloria!  
MILTON. Tu prediccion me da ánimos;  
pues es tan pura tu alma  
que habla un ángel por tus labios.  
Pero qué asunto tan grande!  
¿No, Susana?
- SUSANA. Interpretando  
bien los textos de la Biblia;  
ellos lo dicen muy claro.  
MILTON. Ah, la caída de Adan!  
SUSANA. Caída que fué un porrazo  
que á todos nos duele.
- MILTON. Justo.  
SUSANA. Estudiad los libros santos  
y vereis que Dios por ella  
condenó al hombre al trabajo.  
«Con el sudor de tu frente  
ganarás lo necesario  
para tu sustento.»
- MILTON. (Jovial.) ¡Bien!  
Veo te has parapetado  
en la Escritura.
- SUSANA. Eso quiero.  
MILTON. (Á Isabel con cariño.)  
Y tú, de mi vida encanto,  
¿qué piensas de mi poema?
- ISABEL. (Confusa.) Señor, decíais?...  
MILTON. Te hablo  
del Paraiso perdido.
- ISABEL. Ah! ¿Del vuestro?  
MILTON. No, no tanto.  
Del mio, no: por fortuna  
no le he perdido; al contrario,  
mi bien, ¿qué más paraiso  
que vivir, teniendo al lado  
á tí y á Débora, flores

que irguiendo altivas sus tallos  
junto al árbol viejo y seco  
prestais vuestra savia al árbol?

ISABEL. Ah!

DEBORA. Señor...

MILTON. Yo no he perdido,  
mi cielo, digo, contando  
con vuestro amor.

DEBORA. Padre...

ISABEL. ¡El mio  
pudiera, Milton, faltaros?

MILTON. Es verdad... por eso dije  
si me amais...

DEBORA. (Abrazándolo.) Ah!

MILTON. Cómo os amo!

### ESCENA III.

LOS MISMOS, OVERTON.

OVERT. Dios guarde á todos.

MILTON. Tú aquí,  
Overton?

DEBORA. (Con alegría.) Vos!

OVERT. Mensajero  
soy y retrasar no quiero  
mi mensaje.

DEBORA. (Con ansiedad.) ¿Escribió?

OVERT. Sí.

Ten su carta. (Dándole una.)

DEBORA. ¡Qué contento!

SUSANA. Con ansia esperaba ya.

MILTON. Tu alma en ella encontrará  
un mundo de sentimiento.

DEBORA. Leédnosla, padre.

(Dando la carta á Milton.)

MILTON. Yo?

Á tí viene dirigida.

Tú debes, hija querida,  
ser quien la lea, yo no.

Flores son de tu amor! Toma,  
léela, te escucharemos

y todos disfrutaremos  
de su embriagador aroma!

DEBORA. (Después de pasar la vista por el papel.)  
Oh, Dios mío! ¡Qué placer!  
Niego crédito á mis ojos!  
Ya terminan mis enojos.  
Padre mío, quereis ver,  
pues quizás loca de mí  
leí mal.

OVERT. Débora, no  
leiste lo que escribió.

DEBORA. ¿Viene ya Ricardo?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿Que viene? ¿Y cuándo?

OVERT. Mañana  
quizás llegue á Londres.

DEBORA. Ah!

MILTON. ¡Qué ventura!

SUSANA. Lo ves?

MILTON. Ya  
de abrazarle tengo gana.  
Vendrá bizarro y apuesto  
como partió; más fornido,  
su noble rostro curtido  
por el sol... pero qué es esto,  
Overton? ¿Tú callas?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿No estás contento?

OVERT. No á fe.

MILTON. ¿Cómo no?

OVERT. Yo le mandé  
á luchar y vuelve aquí  
cuando aún la lucha no cesa,  
cuando en la contienda ruda  
aún abrigamos la duda  
de quién triunfará en la empresa.

MILTON. ¿Nos vencieron?

OVERT. No por cierto,  
pero la guerra es azar,  
y él no ha debido tornar  
sino vencedor ó muerto.

DEBORA. ¡Muerto!

- ISABEL. ¡Cruel!
- SUSANA. Bien hablado.
- MILTON. Y sabes?
- OVERT. Sé que hubo brega,  
mas vencido en la refriega  
quedó Cárlos destrozado.
- ISABEL. Oh, Dios!
- MILTON. ¡Y huyó el pretendiente?
- OVERT. No: le detiene el enojo  
de Dios, que le hará dar ojo  
por ojo y diente por diente.
- ISABEL. ¡Qué horror!
- SUSANA. Qué?
- MILTON. (Á OVERTON.) Calla.
- OVERT. ¡Por qué?
- MILTON. Tus palabras hacen daño  
á mi Isabel.
- OVERT. ¡Es extraño!  
¡Es aún realista?
- MILTON. Si á fe.  
Derecho tiene á pensar,  
y al rendir culto á una idea  
buena, mala, ó como sea  
se la debe respetar.
- OVERT. Mas la libertad...
- MILTON. No arguya  
así tu razon serena,  
¡si no respetas la ajena,  
quién respetará la tuya?
- OVERT. Mas...
- MILTON. Dejemos al Stuardo.
- DEBORA. Sí, sí, no nos ocupemos.
- MILTON. Hoy sólo pensar debemos  
en Débora y en Ricardo.
- OVERT. Es verdad.
- MILTON. ¡Quién puede aquí  
dar á rencores abrigo?
- OVERT. Dios será pronto testigo  
de su boda.
- MILTON. ¡Al cabo?
- OVERT. Sí.  
Ya sabes que yo quería

- para Ricardo otra union.
- MILTON. Que llenase tu ambicion.
- OVERT. Pero al ver su idolatría  
por Débora, sucumbí.
- MILTON. Si el enlace no te agrada...
- OVERT. Débora es buena y honrada  
y digna de él y de mí.
- MILTON. Es verdad!
- DEBORA. Gracias, señor.
- OVERT. Honor es el bien primero,  
sin honra, Milton, no quiero  
dicha, riqueza, ni amor.
- MILTON. Lo mismo me pasa á mí.
- SUSANA. Ni la Biblia dice más.
- MILTON. En Débora encontrarás  
ese bien.
- OVERT. Lo creo así.
- MILTON. No cabe en ella falsía  
ni pensamiento bastardo.
- DEBORA. Yo sólo pienso en Ricardo  
constantemente.
- OVERT. (Abrazándola.) Hija mia!
- MILTON. Así, juntos, ¡qué placer  
tan íntimo, tan profundo!  
Y hay quien dice que en el mundo  
no hay dicha! No la ha de haber!
- SUSANA. (Severamente.) Pensad que el texto sagrado  
dice que la raza humana...
- MILTON. (Disgustado.) Siempre igual, calla, Susana.  
Callad, me siento inspirado.  
Quiero escribir... pero... aquí...  
con vosotros... no os marcheis,  
quedaos y os sentareis  
cerca, muy cerca de mí.  
(Milton se sienta á la mesa. Los demas pe rsona-  
jes forman grupo á su alrededor. Isabel estará al-  
go retirada y Overton al lado de Débora.)
- MILTON. (Con entusiasmo.) Así, cuadro de familia  
que mi inspiracion exalta!
- DEBORA. ¡Sólo Ricardo nos falta!
- SUSANA. Jamás el bien se concilia!
- MILTON. Á ver si puedo dar hoy

forma, luz y colorido  
al cuadro que he concebido.  
(Á Débora.) Estás dispuesta?

DEBORA. Lo estoy.

MILTON. (Dictando á Débora, que escribe.)  
«Canto cuarto. De cómo Luzbel, el ángel  
del mal, se presentó en el Paraiso para  
turbar la dicha de Adan y de Eva.»  
(Apenas Milton ha dicho estas palabras, aparece  
Phílaras en el umbral de la puerta.)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS, PHÍLARAS.

PHIL. La paz sea con vosotros!  
(Isabel se levanta rápidamente al ver á Phílaras  
y queda inmóvil y aterrada. Débora y Overton se  
ponen en pié. Milton al conocer á Phílaras se ar-  
roja en sus brazos. Susana sigue hilando.)

ISABEL. (Ap.) (Él.)

MILTON. ¿Quién es?

PHIL. No me conoces?

MILTON. Ah! Phílaras.

PHIL. Milton!

MILTON. Phílaras!

¿Eres tú? No son visiones  
de mi deseo.

PHIL. No, Milton.

Es realidad.

MILTON. Oh! mi jóven  
amigo! mi buen hermano!  
Bendigo de Dios el nombre  
pues á mi casa te trae!

PHIL. Gracias, Milton. (Ap.) (Siempre noble.)

MILTON. ¡Tres años que no nos vemos!  
Mas nunca de mí apartóse  
tu memoria.

PHIL. Ni la tuya  
de mí.

MILTON. Nuestros corazones  
se unieron en sus desgracias

y se unirán en sus goces.  
Feliz sorpresa!... Ahora estaba  
disfrutando los favores  
de Dios, junto á mi familia.  
¿Débora no conoces?

PHIL. No, Milton.

MILTON. Llega, hija mia.

PHIL. Sus bellísimas facciones  
dicen la bondad de su alma.

DEBORA. Gracias.

MILTON. El Sheriff de Lóndres,  
Overton, mi buen amigo,  
y padre además del hombre  
que se unirá con mi Débora  
ante Dios.

OVERT. ¿A vuestras órdenes.

MILTON. Ah!... Susana, mi nodriza  
una doctora *in utroque*.  
Biblia viviente... versículo  
eterno.

SUSANA. (Saludando.) Señor.

MILTON. Mas oye...

¿no preguntas por aquella  
que compartió los rigores  
de nuestra suerte en Italia?

PHIL. Ah! Isabel... Perdon si torpe....

MILTON. (A Isabel.) Acércate, aquí la tienes.

PHIL. (Con emocion.) Isabel!

ISABEL. (Muy turbada.) ¡Phílaras!

MILTON. Dióme

en ella un ángel el cielo!

OVERT. Milton, si tú no dispones  
otra cosa, me retiro..

MILTON. Adios!... nada, que se logre  
tu afan y vuelva Ricardo.

DEBORA. Dios le dé sus bendiciones.

(Padre é hija acompañan á Overton hasta la puer-  
ta. Philaras fija la vista en Isabel. Ésta baja los  
ojos. Susana observa.)

SABEL. Nosotras os dejaremos.

MILTON. No estorbas.

ISABEL. Aunque no estorbe,



tendreis que hablar.

- MILTON. Vaya!  
PHIL. (Mirando á Isabel con intencion.) Mucho.  
ISABEL. Oh... (Á Débora.) Ven.  
DEBORA. (Á Susana.) Tu labor recoge.  
SUSANA. Vamos, ya está recogida.  
ISABEL. (Ap.) (Hielo por mis venas corre.) (Vánse.)

## ESCENA V.

MILTON, PHÍLARAS.

- MILTON. Ahora hablemos libremente;  
pero ántes de comenzar,  
ven, que te quiero abrazar  
otra vez.
- PHIL. Ah, Milton.
- MILTON. Siente  
tal placer el alma mia  
en este instante dichoso,  
que á Dios bendigo gozoso  
pues tal ventura me envía!  
¡Tres años sin vernos!
- PHIL. Sí.
- MILTON. ¿Y en tanto tiempo, qué hiciste?
- PHIL. Trabajar.
- MILTON. Y conseguiste?
- PHIL. Nada al cabo conseguí.  
Grecia es esclava: la copa  
ya del sufrimiento apura,  
mas su pena y su amargura  
nada lé importan á Europa.  
En vano corrí la tierra  
buscando una luz que irradie  
en nuestro suelo; no hay nadie  
que nos ampare.
- MILTON. Inglaterra.
- PHIL. ¿Qué?
- MILTON. Trabajo sin cesar  
por vosotros. ¡Si pudiese  
lograr que Cromwell quisiese  
por vuestra Grecia luchar!

Sí: y en lograrlo confío!  
por vosotros lucharemos,  
y la gloria encontraremos  
que para mi patria ansío.

PHIL. Tengo en mucho tu eficacia;  
pero he perdido la fe.

MILTON. Por qué, Philaras?

PHIL. ¿Por qué?

Pregúntalo á mi desgracia.

MILTON. La desgracia no es un crimen,  
es lo contrario: el Señor,  
fuente constante de amor  
ensalzará á los que gimen.

Mas comprendo ese trasporte  
de tu angustia. ¡Quién resiste  
tanta decepcion? Es triste  
caminar de córte en córte,  
llena el alma de hondo afan,  
la esperanza casi muerta,  
pidiendo de puerta en puerta  
como un pedazo de pan,  
esa libertad sagrada  
que tu noble Grecia ansía,  
grande y poderosa un dia,  
hoy vencida y humillada!

PHIL. Esto me avergüenza.

MILTON. Oh!

PHIL. Sí.

En vano favor invoco!

MILTON. Calla, calla! Tú estás loco!  
¡Vergüenza luchando así?  
¡Vergüenza!... Si acaso fueras  
un ambicioso falaz,  
ladron de la ajena paz;  
si tu fe y tu honor vendieras,  
y el irresistible grito  
de tu conciencia se alzase,  
comprendo te avergonzase  
tu imperdonable delito.

PHIL. Oh!...

MILTON. Pero llorar de hinojos  
por la redencion querida

de Grecia; mostrar herida  
tu planta por los abrojos;  
lleno de mortales penas  
rogar como yo te he visto,  
para que la cruz de Cristo  
cubra los muros de Atenas...  
eso es Phílaras lograr  
una gloria, cuyo peso  
te ha de rendir, y eso... eso  
no te puede avergonzar!

PHIL. Milton!

MILTON. Dejemos así  
esta cuestion.

PHIL. (En ademan de salir.) Volveré  
y ya hablaremos.

MILTON. Pues qué,  
no vas á quedarte aquí?

PHIL. No, Milton.

MILTON. Y tan sereno  
lo dices?

PHIL. Mas...

MILTON. No hables nada,  
aquí te daré posada.  
Pues sí que estaría bueno  
que así tan tranquilamente  
te fueras.

PHIL. Y qué he de hacer?

MILTON. Quedarte.

PHIL. No puede ser.

MILTON. No seas necio y consiente.

PHIL. Yo te lo agradezco, pero...

MILTON. Mal tu amistad se concilia  
si niega: yo en mi familia  
quiero tenerte, pues quiero  
que al ver mi felicidad,  
puedas la causa saber  
que cantar me hizo el primer  
drama de la humanidad.  
Aquella falta sin nombre,  
aquel poema de amor,  
de justicia en el Señor  
y desacato en el hombre.

PHIL. El Paraiso perdido  
si no me equivoco.

MILTON. Sí.  
Ya verás lo que escribí:  
en él cantar he querido,  
el mundo, la creacion,  
la soberbia que subleva  
la dulce inocencia de Eva,  
de Adan la inmensa pasion.  
Todo el cielo, el cielo aquel  
formado al soplo de Dios,  
y que perdieron los dos  
por la saña de Luzbel.

PHIL. ¡Gran idea!

MILTON. (Con tristeza.) Yo perdí  
en mi María tambien  
un cielo, mas otro eden  
en mi Isabel descubrí.  
Débora á su lado halló  
de una madre el sentimiento,  
ella me dió nuevo aliento,  
ella mi mente inspiró.  
No hay duda, aquí vivirás  
contemplando mi ventura,  
y no de vana locura  
mi poema tildarás.  
No resistas á mi ruego.

PHIL. Pero...

MILTON. Dudaré de tí  
si no te quedas aquí.

PHIL. Milton!

MILTON. Vamos?

PHIL. No me niego.

Te empeñas...

MILTON. No hay remision.

PHIL. Sea pues!

MILTON. Oh! ¡Qué contento!

Voy á decir al momento  
que arreglen tu habitacion.  
La boda presenciarrás  
de mi Débora. ¡Dios santo!  
Soy tan feliz... tanto... tanto

que no puedo serlo más. (Váse foro.)

## ESCENA VI.

PHÍLARAS.

¿Qué pasa por mí?... No sé.  
¡Ah, miserable de mí!  
cómo al oírle callé  
y perdon no demandé  
y ante él de hinojos caí?  
¿Por qué al oír á ese anciano  
mi corazón vacilaba?  
¿Por qué al estrechar su mano  
cuando tan noble le hallaba  
me hallaba yo tan villano?  
Ah! yo he debido caer  
á sus piés, mas mi pasión  
en lucha con mi deber,  
dió fuerzas para vencer  
á mi amante corazón.  
Así lo quiere mi estrella!  
Mi fortaleza decae  
al contemplarla tan bella,  
que es mi destino ir á ella  
como al abismo que atrae!  
Cesa, pues, duda mortal!  
Deber, tu impulso deten!  
Ya que mi pasión fatal  
no me deja hacer el bien  
dejad que me entregue al mal!

## ESCENA VII.

DICHO, ISABEL.

ISABEL. Phílaras!

PHIL. Mi bien! Tú?

ISABEL. Sí.

PHIL. Ah!

ISABEL. Por el bien de los dos  
vengo á rogarte por Dios

que tenga piedad de mí.  
Que te alejes de Inglaterra,  
que olvides esa insensata  
pasion que mi dicha mata  
y que mi conciencia áterra.

PHIL. Oh, qué dices?

ISABEL. Parte, sí.

PHIL. Partir? Contigo?

ISABEL. Jamás!

PHIL. Pues si resuelta no estás,  
para qué vine yo aquí?  
Míralas; sobre mi seno  
van tus cartas, de amor llenas,  
inoculando en mis venas  
su dulcísimo venéno!  
En ellas tú me llamabas;  
ven á mi lado, decías,  
y venturas prometías  
y placeres presagiabas.

(Mostrándole una carta.)

»Así no puedo vivir,  
sálvame de esta tortura.»

Vé.

ISABEL. Perdona mi locura.  
¡Cuesta tan poco escribir!  
Cuando el amor nos proyoca,  
hace el corazon humano  
que diga á veces la mano  
lo que amedrenta en la boca.

PHIL. Pero...

ISABEL. Con sereno juicio  
en el abismo reparo,  
y con valor me separo  
del profundo precipicio.

PHIL. Oh!

ISABEL. Tú tambien algun dia,  
si á pensar llegas con calma,  
en el fondo de tu alma  
sentirás grata alegría.  
Y al recordar del pasado  
la desventurada historia,  
bendecirás mi memoria

que del crimen te ha salvado.

PHIL. Salvarme del crimen?

ISABEL. Sí.

PHIL. No ves que en mi amor celoso  
el crimen más espantoso  
es separarme de tí?

(Con pasión.) Tres años largos pasé  
lejos de tí, vida mía,  
con ruda y tenaz porfía  
por olvidarte luché.

Sufriendo penas y enojos  
he pretendido olvidar  
tu recuerdo, y apartar  
tu semblante de mis ojos.

Imposible!—Te veía  
brindarme dichas y amores  
entre los dulces fulgores  
del astro rojo del día!

Y te encontraba en la flor,  
en el río y en la nube,  
que flotante al cielo sube  
en impalpable vapor.

En los rumores del viento  
escuchaba la cadencia  
de tu voz; de tu presencia  
lleno estaba el pensamiento,  
y aunque de él quise borrar  
tu recuerdo, Isabel mía,  
fué imposible, no podía,  
no te he podido olvidar.

ISABEL. Phílaras!

PHIL. (Asiéndola de la mano y con reconcentrada pasión.)

He vuelto á ver  
los vergeles deliciosos  
mudos testigos dichosos  
de los sueños del ayer.  
Isabel, te acuerdas?

ISABEL. Sí.

Por mi mal no dí al olvido...

PHIL. Los sitios he recorrido  
que contigo recorrí.

ISABEL.

Oh!

PHIL.

La ribera frondosa  
del Arno, que se consume  
dando vigor y perfume  
á aquella comarca hermosa.  
La orilla triste, que aterra,  
del Tíber, rio sagrado  
cuyo cauce ensangrentado  
mundos de glorias encierra!  
Nápoles y aquel volcan,  
que con cadenas de lava  
hace á la ciudad esclava...  
Venecia, Turia, Milan,  
todos los sitios aquellos  
que el mar Tirreno rodea,  
de tu recuerdo á la idea  
me parecieron más bellos.

ISABEL.

Calla, ¡no hables de ese amor  
que nos deshonra!

PHIL.

Isabel!

ISABEL.

Ve mi martirio cruel  
y aléjate por favor.

PHIL.

Partir! El cielo es testigo  
de que mi afan es partir,  
mas de aquí quiero salir  
no sólo, sino contigo.

¿Ves esa nave ligera  
que entre la niebla aparece  
y en el Támesis se mece?  
esa nave nos espera,  
á la vela se dará  
cuando á su puente subamos,  
y este amor que acariciamos  
á otra region llevará.

ISABEL.

Oh! no, nunca, desvarías.

PHIL.

¿Nunca?

ISABEL.

¡Nunca!

PHIL.

¿Por qué, dí,

al separarte de mí  
siempre, siempre me decías  
si al llegar este momento  
que nuestra dicha afianza



- burlas la dulce esperanza  
que acaricia el pensamiento?
- ISABEL. Piensa en Milton, que es tu hermano,  
en mi honor, en tu deber,  
parte, sí, déjame ser  
digna esposa de ese anciano.
- PHIL. Pero piensas que he venido  
á verte para dejarte?
- ISABEL. Oh! qué intentas?
- PHIL. Arrancarte  
al amor de tu marido.  
Sígueme.
- ISABEL. ¡Nunca!
- PHIL. Mañana  
será tarde: nuestros ojos  
proclamarán los antojos  
de nuestra pasion tirana.
- ISABEL. Imposible!
- PHIL. Ve que estoy  
resuelto á todo.
- ISABEL. ¡Dios santo!
- PHIL. (Con amargura.) Ayer amándome tanto  
y dudando tanto hoy.  
Pues bien, sigue, sigue aquí,  
mas ah! tiembla por tu suerte!
- ISABEL. Me amenazas?
- PHIL. Con la muerte.
- ISABEL. (Con alegría.) Á mí, Phílaras?
- PHIL. No, á mí.
- ISABEL. Oh, qué horror!
- PHIL. Ó mio es  
tu amor y partes conmigo  
de mi pasion al abrigo,  
ó caigo muerto á tus piés.
- ISABEL. Detente!
- PHIL. Isabel!
- ISABEL. ¡Qué horror!
- No piensas...
- PHIL. Qué he de pensar?  
Pide que se seque el mar  
mas no que piense mi amor.
- ISABEL. ¡Pero no ves que así infamas

á Milton?

PHIL. Sé que te adoro.

ISABEL. ¿No miras que mi decoro  
se ofende?

PHIL. Sé que me amas.

Ven. La noche va cerrando,  
todo ayuda nuestro intento,  
hincha las velas el viento  
del buque que está esperando.  
La ocasion es la mejor  
si te arriesgas á partir.

ISABEL. Oh, no!

PHIL. Fuerza es decidir  
entre Milton ó mi amor.

Ven, ven, la distancia es corta,  
nadie escucha, todo en calma...  
Si has llegado hasta mi alma  
un paso más ¿qué te importa?

ISABEL. Pero no ves mi agonía?

PHIL. Quieres mi muerte? (Con desesperacion.)

ISABEL. (Delirante.) ¡Dios santo!  
Qué intentas? No ves mi llanto?

PHIL. (Con júbilo.) Al fin, al fin, vida mia!...

ISABEL. Philaras,

PHIL. Al fin triunfó

mi cariñosa ternura.  
¿Quién de hoy más nuestra ventura  
podrá disputarnos?

DEBORA. (Dentro.) Yo,  
yo misma se lo diré.

ISABEL. (Aterrada.) Ah!

PHIL... Maldicion sobre mí.

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS, DÉBORA y SUSANA.

DEBORA. Ya las órdenes cumplí  
de mi padre; ya arreglé  
vuestro cuarto: es el mejor  
de la casa, ya vereis.  
Subid y descansareis

del viaje.

PHIL. (Ap.) ¡Maldito amor!  
DEBORA. Canta un ruiseñor gentil  
cerca de sus dos ventanas,  
llenas de flores galanas  
como una aurora de abril.  
En ellas las golondrinas  
plegan sus alas errantes.  
desde ellas se oyen distantes  
ya las canciones marinas,  
ya un eco triste y sombrío,  
ya un himno de amor supremo  
cantado al compás del remo  
que quiebra el agua del río.  
Y como dan al jardín,  
que está cuajado de flores,  
las perfuman los olores  
de la rosa y el jazmín.  
Desde ellas todo aparece  
con más luz y más encanto.  
¡Hay tanto horizonte! tanto!  
que el corazón se engrandece;  
y en cualquiera de las dos,  
el mayor pesar se calma  
pues sufre menos el alma  
cuanto más se acerca á Dios.  
Esto solo os puede dar  
nuestro cariño sincero  
y aunque sea poco espero  
que os baste para lograr  
en esa estancia escondida,  
si no riqueza que abruma,  
paz y amor que son en suma  
las riquezas de la vida.

PHIL. Gracias, siento que por mí...

SUSANA. (Á Isabel.) Os sentís mal?

ISABEL. (Confusa.) ¡Yo?

SUSANA. ¡Tembláis?

Qué teneis?

ISABEL. (Ap.) ¡Dios mio!

SUSANA. Estais

pálida, intranquila.

- ISABEL. (Haciendo un esfuerzo.) Sí,  
por Milton;... anocheció  
hace rato y todavía  
no ha vuelto.
- DEBORA. No, madre mia,  
si mi padre no salió.
- ISABEL. Entónces...
- SUSANA. (Ap. con recelo.) (Serán chocheces  
mias? Pero es muy chocante.
- DEBORA. (Á Phylaras.) Ella es el báculo amante  
de mi padre. Algunas veces  
yo le doy mi brazo, y él  
como es tan grande su amor  
siempre dice... «voy mejor»  
llevado por mi Isabel.

## ESCENA IX.

LOS MISMOS, MILTON.

- MILTON. ¡Gracias á Dios que he podido  
terminar. Bulwer ha estado  
á verme y hemos charlado  
tanto que me he entretenido  
más de lo que yo quería:  
de mi tardanza fué esa  
la causa... mas no me pesa  
porque hoy ha sido un gran dia!
- DEBORA. Un gran dia!
- MILTON. ¡Ya lo creo!  
¡Otro no habrá que le iguale!  
lo que es hoy, todo me sale  
á medida del deseo.  
Isabel, llégate aquí.
- ISABEL. Señor.
- MILTON. Más cerca, á mi lado.
- ISABEL. ¿Qué quereis?
- MILTON. Te he consagrado  
lo que yo más quiero.
- ISABEL. ¡Á mí?
- MILTON. Si á fé.  
(Dándola unos papeles.)

- ISABEL. No entiendo, señor!
- MILTON. Mi Paraiso perdido.
- ISABEL. ¿Cómo?
- MILTON. Sí tal; te he cedido  
todo su escaso valor.  
Jhonson Bulwer el librero  
me lo compra, es hombre dueho.
- DEBORA. ¿Y os da mucho?
- MILTON. Vaya, mucho,  
un puñado de dinero.  
¿Cuánto va que no adivinas?
- DEBORA. Entiendo tan poca cosa...
- MILTON. ¡Una suma fabulosa!  
Quince libras esterlinas.  
Ya es negocio concluido,  
pronto impreso lo verás.
- DEBORA. Quince libras nada más  
el Paraiso perdido!  
¡Vaya una suma lucida!
- MILTON. Pues hija mia, no es broma,  
como es perdido lo toma  
por una cosa perdida.
- DEBORA. ¡Oh!
- SUSANA. Señor...
- MILTON. No hay más que hablar.  
Phílaras, como has venido  
de viaje estarás rendido!
- PHIL. ¿Yo?
- MILTON. Sin duda. Á descansar,  
Y nosotros tambien: yo  
me encuentro algo fatigado,  
y es natural, he gozado (Á Phílaras.)  
tanto al verte...
- PHIL. Milton!
- ISABEL. Oh!
- MILTON. Fué el dia de hoy tan dichoso  
que al descanso me previene,  
pues tambien la dicha tiene  
necesidad de reposo.  
Ademas es cuotidiana  
costumbre: nos acostamos  
temprano y nos levantamos

al despuntar la mañana;  
pues no hay placer más profundo  
para almas puras y tiernas  
que asistir á esas eternas  
resurrecciones del mundo.

PHIL. Pues no interrumpas por mí  
esa costumbre ejemplar.

MILTON. Que descanséis.

PHIL. (Ap.) (Descansar...)

DEBORA. Os retirais, padre?

MILTON. Sí.

Buenas noches, hija mia.

(Besándole en la frente.)

DEBORA. Padre...

ISABEL. Adios.

MILTON. (Á Débora.) Dijiste ya  
á mi buésped dónde está  
su cuarto?

DEBORA. Sí.

MILTON. Sé su guía.

(Á Susana.) Y tú sírvele sin tasa  
lo que quiera, y muestra empeño  
en complacerle, que es dueño,  
pues lo es mio, de mi casa.

Vamos, Isabel.

(Se apoya en su brazo y se dirige á su habitacion  
colocándose á la derecha del espectador. Phílaras  
repentinamente y avanzando hácia Isabel.)

PHIL. Y así

se va sin haber quedado...

SUSANA. (Interponiendo entre Phílaras é Isabel.)

Señor, estais engañado.

Vuestro cuarto... por allí...

(Señalando la puerta del foro. Phílaras vencido  
por la voz de Susana mira con pasion hácia el si-  
tio por donde salió Isabel y váse por el foro. Cae  
el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoración.

### ESCENA PRIMERA.

SUSANA y MILTON.

Susana aparece arreglando un vestido. Milton abstraído.

SUSANA. Y qué os parece el vestido?

MILTON. Bien.

SUSANA. Digno de nuestra Débora.  
Lo encontráis bonito?

MILTON. Mucho.

SUSANA. Con él estará muy bella.  
Á su edad lozana y pura  
todo va bien: la belleza  
es mayor cuando la adorna  
con sus galas hechiceras  
la juventud.

MILTON. Es muy cierto.

SUSANA. Yo á su edad... Ah!... feliz ella  
que se encuentra de la vida  
en la dulce primavera.  
Hoy el mundo la sonrie,  
logra todo cuanto anhela,  
va á casarse con el hombre  
á quien adora, y espera

una ventura sin límites  
en esta pobre existencia.  
Pero señor, estais triste,  
¡meditabundo!

MILTON.

Sí.

SUSANA.

Es fuerza  
que no lo esteis: va á casarse  
la niña y con eso cesa  
vuestro afanoso cuidado  
por lo porvenir.

MILTON.

Aciertas  
con tus palabras, Susana.  
Mas no sé qué oculta pena  
viene á turbar esa dicha  
que tu corazon recrea.  
¿Será quizás que mis ojos  
perciben la luz apenas  
amenazando sumirme  
en espantosas tinieblas?  
Será quizás que del alma  
se hace dueño la tristeza  
pensando que para siempre  
voy á perder á mi Débora?  
Ah, no lo sé!

SUSANA.

Pues si es eso,  
permitidme que os advierta  
que es natural que se case  
y que debe ser inmensa  
nuestra dicha, pues Ricardo  
la hará muy feliz...

MILTON.

¡Ah! Ella  
es de mi pasado triste  
el solo bien que me resta...  
Sus hermanas me dejaron...  
Viven en lejanas tierras,  
y aunque hice por ellas todo  
cuanto pude, no se acuerdan  
jamás de mí; se conoce  
que les grita su conciencia  
que su conducta fué horrible  
para conmigo.

SUSANA.

Que ideas



os asaltan!...

- MILTON. Ay Susana,  
la más triste de las penas  
es llorar ingratitudes.
- SUSANA. Sí señor, más ¿quién se acuerda?
- MILTON. Es que los nuevos dolores  
dolores viejos renuevan.  
Por eso al ver que mi hija  
se casa, lloro su pérdida  
pensando que me arrebatan  
la mitad de mi existencia.
- SUSANA. ¿Qué locura!... ¿Pues no es  
acaso la mision nuestra  
casarnos?
- MILTON. Sí... Razon tienes.  
Ya no sé por qué se queja  
mi corazon... se va un ángel  
y otro ángel conmigo queda.
- SUSANA. ¿Quién?
- MILTON. Isabel.
- SUSANA. Ah, sí... cierto...
- MILTON. Parece que balbuceas  
al hablar...
- SUSANA. No.
- MILTON. Pues qué ¿acaso  
no es Isabel dulce y buena  
conmigo...
- SUSANA. Sí. (No me atrevo  
á decirle mis sospechas...)
- MILTON. Ó tienes algun motivo...  
Pero... vaya que es ligera  
la imaginacion! ya daba  
al olvido que tú piensas  
en la cuestion religiosa...  
en todo, de una manera  
distinta á la suya... y... claro,  
siendo su adversario, es fuerza  
(Sentándose en el sillón.)  
que tú... ¡Triste humanidad!  
En vano, en vano te empeñas  
en lograr tus ideales,  
si para hacerlo no empiezas

por dominar ese gérmen  
de miserable soberbia  
con que atribuyes lo malo  
á quien como tú no piensa.

## ESCENA II.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. ¿Está el vestido?... (Á Susana.)

SUSANA. Ya está.

DEBORA. Gracias, viejecita mia! (La abraza.)  
No sabes cuánta alegría  
verlo acabado me da,  
¿Me lo enseñas?

SUSANA. De eso trato...

Ve. (Se le enseña.)

DEBORA. (Haciendo un mohín de disgusto.)

Sin adorno ni nada.

SUSANA. (Severamente.) Llevando el alma adorna  
de honestidad y recato  
para qué más?

DEBORA. (Confusa.) Cierto, sí.  
Mas no obstante... en este día  
era muy justo...

SUSANA. Hija mia,  
tu padre lo quiere así.

DEBORA. Doblo entónces la cabeza,  
si mi padre lo ha mandado.

SUSANA. El adorno más preciado  
llevas tú, que es tu pureza.

MILTON. (En voz alta.) Nunca se aparte de tí,  
Débora del alma mia.

DEBORA. (Con sorpresa.) Ah! vos aquí... no sabía  
(Yendo á él.) Padre mio.

MILTON. Ven aquí.

DEBORA. (Con cariño.) ¿Qué teneis, padre querido?

MILTON. Quién, yo?

DEBORA. Os hallo triste y grave.

MILTON. Sí en verdad, porque hay un ave  
próxima á dejar el nido!

DEBORA. Mas si vuela volverá.

MILTON. ¡Ay de mí! si es que se aleja,  
pues ave que el nido deja  
sabe Dios si tornará.

DEBORA. ¿Acaso vos la creéis  
tan ingrata, padre mio?

MILTON. ¡Quién sabe!

DEBORA. Qué desvarío!  
¡Cuán poco la conoceis!  
¡No se debe pensar mal  
de nadie!... ¿Verdad, Susana?

SUSANA. ¡Cierto!

MILTON. De tus labios mana  
un consuelo celestial  
para mí.

DEBORA. Y esa es mi gloria.  
¡Pensais que yo no he entendido  
lo del ave y lo del nido?  
¡Pues bien comprendí la historia!  
¡Mal me juzgais!

MILTON. ¡Hija mia!

DEBORA. Dispuesta á dejar estoy  
mi nido, y á volar voy,  
mas con el amor por guía.  
¡Pero ay!... Algunos momentos  
sin que lo pueda evitar  
me siento, padre, asaltar  
por extraños pensamientos.  
Y me pregunto agitada:...  
¿esa existencia de esposa  
será tan dulce y dichosa  
como esta vida pasada?  
¿Será en ella todo amor,  
todo paz, todo ventura,  
ó será todo amargura,  
desabrimiento y dolor?

MILTON. Hija!

DEBORA. Me siento morir  
con esta duda inclemente,  
y encuentro triste el presente  
y dudoso el porvenir.  
Mas luégo... al momento, un rayo  
de luz suave y bienhechora,

como la luz de la aurora,  
me saca de mi desmayo.  
Y á los hermosos reflejos  
de esa luz que se dilata,  
se aclara mi vista y trata  
de mirar, y ve á lo lejos  
del horizonte lejano,  
entre la sombra impalpable,  
una imágen venerable,  
la imágen de un noble anciano  
que me ampara y me bendice;  
que al ver mis penas y enojos  
clava en mí sus dulces ojos  
llenos de amor y me dice:  
«Nada temas, mi embeleso,»  
«si dolor tu pecho sienten»  
«yo apartaré de tu frente»  
«los pesares con un beso.»  
Y al sentir el alma mia  
estas frases cariñosas,  
de nuevo alientan hermosas  
mi esperanza y mi alegría,  
que sois vos quien me besais  
siempre tierno y venerable;  
vos que en la sombra impalpable  
por mi ventura velais.

MILTON. Débora!... (Enternecido.)

DEBORA. (Abrazándole.) ¿No es cierto?

MILTON. Sí.

¡Cómo lo puedes dudar!

(La abraza llorando.)

¡Dios mio! ¡puedo llorar!

aún hay dicha para mí.

### ESCENA III.

DICHOS, ISABEL.

DEBORA. (Al ver á Isabel y dirigiéndose á ella.)  
Ah! madre, venid al punto.

MILTON. ¡Isabel!

ISABEL. ¿Qué quieres, hija?

DEBORA. Que mitigueis de mi padre  
las tristes melancolías.

ISABEL. Pues qué, ¿sufre?

DEBORA. Sufre y sufro.

ISABEL. ¿Cómo?

DEBORA. Yo por su injusticia,  
y él por una triste idea  
que viene á turbar su dicha.

ISABEL. ¿Por una idea?

DEBORA. Sí, madre.

MILTON. ¿No es cierto, Isabel querida,  
que es una carga pesada  
tener una idea fija?

ISABEL. Ah, sí... ¿Pero qué sucede?

DEBORA. Piensa que al llegar el día  
de mi boda, me separo  
de él para siempre, y afirma  
que soy un ave que el nido  
abandona fugitiva.

ISABEL. ¿Eso pensais?

DEBORA. Eso piensa.

MILTON. Qué quieres, Isabel mia!

DEBORA. ¿No se puede ser á un tiempo  
buena esposa y buena hija?

MILTON. Tanto os amo, que quisiera  
que aquí las dos, siempre unidas,  
nunca pensáseis en nada  
mas que en mí. Desearía  
llenar vuestro pensamiento,  
á tanto mi amor aspira.

DEBORA. ¿Y lo dudais un instante?

¿No sois vos nosotras mismas?

MILTON. Oyes esto? (Á Isabel.)

ISABEL. Yo del mio  
apartaros no podría,  
aunque quisiera...

MILTON. Ah, tus frases  
me alientan, me reaniman.

(Acercando á las dos á su lado y con mucha ten-  
nura.)

Lo que nuestras almas llena  
cuando en el amor se inspiran,

no es el beso acostumbrado,  
ni la aprendida caricia...  
(Á Isabel.) alma necesita el alma  
al amar... no fugitivas  
sensaciones, ni delirios  
del amor materialista.  
El amor es un abrazo  
del pensamiento y precisa  
siempre á que dos voluntades  
se fundan en una misma.

- DEBORA. ¿La mia no será vuestra?  
SUSANA. (Severa.) No tal: lo dice la Biblia.  
DEBORA. ¿Qué?  
SUSANA. «Dejarás á tu padre,  
dejarás casa y familia  
y seguirás á tu esposo.»  
MILTON. Calla, Susana! Me irritas.  
SUSANA. Tal dicen los textos santos.  
MILTON. Pues que en buen hora lo digan.  
SUSANA. Corriente, me callo.  
MILTON. Dime,  
Isabel, ¿has visto á Phálaras?  
ISABEL. Quién, yo? no.  
DEBORA. Ni yo tampoco.  
MILTON. Ni yo.  
DEBORA. Quizás esté arriba  
descansando.  
MILTON. Muy bien hecho...  
pues mañana no se libra  
de madrugar, á tu boda.  
DEBORA. Cómo!...  
MILTON. Es preciso que asista,  
porque mañana te casas.  
DEBORA. Padre!  
MILTON. Segun mis noticias  
Ricardo ha llegado.  
DEBORA. ¡Cielos!  
SUSANA. Gracias á Dios...  
MILTON. Ya ves, hija,  
cómo al fin...  
DEBORA. (Ruborosa.) ¡Oh, padre mio!  
No puedo hablar de alegría.

## ESCENA IV.

DICHOS, OVERTON.

- OVERT. El cielo os guarde...
- DEBORA. (Rápido.) Dios mio!...
- MILTON. ¡Overton!...
- SUSANA. ¿Y venís solo?
- ISABEL. ¿Y Ricardo?
- DEBORA. ¿No ha llegado?
- OVERT. Dejadme hablar. Hace poco que llegó.
- DEBORA. ¡Gracias al cielo!
- SUSANA. Vandr  gallardo y hermoso.
- MILTON. Siempre hermosa la gloria, verdad? (  Isabel.)
- SUSANA. ¡Siempre!
- DEBORA. Pero c mo no vino ya?
- OVERT. Porque tengo que hablar antes de un negocio con tu padre.
- DEBORA. Con mi padre?
- MILTON.  Conmigo?... Bien: ya te oigo.
- OVERT. Necesito hablarte   solas.
- MILTON. Como quieras: mas me asombro de verte tan serio y grave en momentos tan dichosos. En fin... ya lo habeis oido. (  Isabel, D bora y Susana.) Salid, que mi amigo Overton algun secreto de estado me va   revelar: supongo (Riendo.) que eso ser ...
- OVERT. (Grave.)
- MILTON. Grave?
- DEBORA. Vaya pues, dejadnos solos.
- DEBORA. Permitid padre, que espere en el balcon, por si logro verle venir.
- OVERT. (  Milton.) Haz que salga.

MILTON. Sal, hija.

ISABEL. Ya vendrá pronto,  
y le verás.

DEBORA. (Á Susana.) ¡Qué fastidio!

SUSANA. La obediencia ántes que todo.

(Vánse las tres y quedan solos Milton y Overton.)

## ESCENA V.

MILTON y OVERTON. Se sientan.

MILTON. Solos nos hemos quedado,  
nadie nos vendrá á estorbar,  
y en paz podremos tratar  
de ese asunto reservado.

OVERT. ¿Presumes algo?

MILTON. En rigor!...  
De tanta reserva infiero  
que me hablarás de dinero,  
de dote!...

OVERT. (Solemne.) No á fe, ¡de honor!

MILTON. ¿De honor dices?...

OVERT. De honor, sí.

MILTON. ¡Como fuera mercancía  
la honra, te preguntaría  
á quien le hace falta!

OVERT. Á ti.

MILTON. (Con ira.) ¡Á mí! (Dominándose)  
Ve que es peligroso  
abusar de la amistad.

OVERT. Culto rindo á la verdad.

MILTON. Entónces, ¿Dios poderoso,  
¿qué es lo que quieres decir?  
El enigma estudio en vano.

OVERT. Escúchame: puritano  
de raza quiero vivir,  
sin que manche mi nobleza  
ninguna sombra, ninguna,  
sin que á mi sangre se una  
un átomo de impureza.

MILTON. ¿Qué dices, Overton? Siento  
que ciega nube mortal



mis ojos... ¿Qué ángel del mal  
inspira tu pensamiento?  
Qué tu actitud me denota?  
Qué tus palabras, que son  
cicuta que el corazón  
va bebiendo gota á gota?

OVERT. Milton! (Ap.) (Mi valor flaquea...)

MILTON. Háblame con lealtad;  
quiero saber la verdad.

OVERT. Pues que tú lo quieres, sea.  
Lealtad buscas en mí;  
la tendrás!

MILTON. Eso me agrada..

OVERT. Pues bien, la boda acordada  
queda deshecha.

MILTON. ¿Qué?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿Deshecha? ¿pero por qué?

OVERT. Porque la deshonra ha entrado  
en tu casa.

MILTON. Desgraciado,  
ve lo que hablas!

OVERT. Bien lo sé.

MILTON. ¿Que en mi casa entró la mengua...  
palabras tan infamantes  
dices, sin cortarte ántes  
de pronunciarlas la lengua?  
Tú dices lo que no sientes  
y mientes.

OVERT. Por Dios bendito!...  
que te deshonran, repito.

MILTON. Y yo repito que mientes.

OVERT. Sufro con calma el rigor  
de tus frases, pues comprendo  
que las estás profiriendo  
á impulso de tu dolor.  
No me puedes ofender.

MILTON. Deshonrado y deshonrada,  
ella, mi Débora amada!

OVERT. Débora no. ¡Tu mujer!

MILTON. ¿Eh?... ¿Qué dices?... ¿Ella?

OVERT. Sí.

- MILTON. ¿Ella traidora y perjura?  
Ah, no. Imposible... Impostura.
- OVERT. Te digo...
- MILTON. Lo que hay aquí  
es que al verme tan dichoso,  
la envidia habrá propalado  
algun rumor infundado...
- OVERT. No es eso.
- MILTON. Y tú deseoso  
de encontrar el más pequeño  
motivo para romper  
lazos tan puros, por ser  
Débora pobre...
- OVERT. ¡Es empeño!
- MILTON. Haces coro á la invencion  
calumniosa de la gente,  
dejando así libremente  
ancho campo á tu ambicion.
- OVERT. No es eso.
- MILTON. ¿Qué no!
- OVERT. No. ¿Piensas  
que soy tan necio que vaya  
á hablar de ofensas, sin que haya  
razon para hablar de ofensas?
- MILTON. ¡Pruebas!... Pruebas.
- OVERT. Las tendrás.  
Fíjate en lo que aquí ves,  
y, por muy ciego que estés,  
hartas pruebas hallarás.
- MILTON. De rostro Isabel cambió?  
No se ostenta ya en sus ojos  
su pudor? ¿Sus labios rojos  
un beso infame manchó?  
¡Habla!
- OVERT. Anoche mismo ví  
la traicion clara y patente.
- MILTON. ¿Anoche?
- OVERT. ¡Sí!
- MILTON. ¡Dios clemente!
- OVERT. Á no haberlo visto así  
jamás hubiera turbado  
tu paz.

MILTON. Dime de una vez!...

OVERT. Escucha: anoche á las diez  
aquí llegué apresurado.  
Ver á Cromwell deseaba  
y vine á buscarte; entré  
por el jardin y noté  
que Isabel hablando estaba  
con álguien;... su voz oí.

MILTON. Sigue.

OVERT. Despues la de un hombre.

MILTON. ¿Quién era?

OVERT. No sé su nombre.

MILTON. ¿Pero lo sospechas?

OVERT. Sí.

MILTON. Dilo.

OVERT. Yo no hablo jamás  
por conjeturas.

MILTON. Te ruego...

OVERT. Pudiera engañarme y luégo...  
Milton, pronto lo sabrás.  
Ella escuchaba la queja  
de un amante.

MILTON. ¡Vive Dios!

OVERT. Y maldecían los dos  
los barrotes de esa reja,  
que alzándose inquebrantable  
entre los dos, se oponía  
á la infame alevosía  
de su pasion miserable!  
Oí decir: «Huiremos  
sin demora... Sí... mañana,  
una seña en la ventana  
y á las siete partiremos.»

MILTON. Á las siete!

OVERT. Sin tardanza  
te busqué; no pude hallarte;  
corrí de una en otra parte,  
y perdida la esperanza  
de verte en el Parlamento  
volví á casa apresurado.  
Ricardo había llegado  
en aquel mismo momento.

Ya no le pude dejar;  
despues...

MILTON.                   ¿Vas á proseguir?  
¿Qué más me quieres decir?  
¿Qué más me quieres contar?  
Si con esa historia fiera  
que de mi deshonra has hecho  
has destrozado mi pecho,  
mi alma, mi existencia entera?  
(Cae en un sillón.)

OVERT.     Milton.

MILTON.                   ¡Infame mujer!  
Ay de mí! (Llorando.)

OVERT.                   Fué tu deseo  
saber la verdad y creo  
que he cumplido mi deber.

MILTON.     No. Tu accion es censurable.

OVERT.     ¡Milton!

MILTON. (De pié.) La amistad obliga;  
el buen amigo castiga  
donde le encuentra al culpable.  
Tú no has debido venir  
á mi casa solamente  
á arrojar sobre mi frente  
el baldon... sino á decir,  
«Ayer en la oscuridad  
donde el crimen se sustenta  
ví concitarse en tu afrenta  
la infamia y la liviandad.»  
Y yo, Milton, yo tu amigo  
tan sólo á tu honor atento  
con firme y sereno aliento  
á la traicion dí castigo.  
Mira el hierro vengador  
que la traicion ha deshecho;  
y este, Milton, es el pecho  
que ha de calmar tu dolor.

OVERT.     Oh!...

MILTON.                   Basta... que ya concibo  
cual la suerte te complace!  
no te agradaba este enlace;  
ya de romperlo hay motivo.

¡Mi hija es pura y es honrada  
Sobre ella pasa esta afrenta  
como pasa la tormenta  
sobre la roca...

OVERT.

Mas...

MILTON.

Nada

me digas. (Con ironía.) Tienes razon,  
la deshonra entró en mi hogar,  
y no se puede casar  
Débora sin que el baldon  
se borre, que esa mujer  
arrojó en mi honor perjura.

OVERT. La ley castiga á la impura!

MILTON. Mi brazo lo sabrá hacer.

OVERT. (Conteniéndole.) Asesinarla! ¡Qué horror!

MILTON. Sí.

OVERT. Te enloquece el despecho.

MILTON. ¿Vas á negarme el derecho?...

OVERT. (Deteniéndole.) ¡Milton!...

MILTON. (Colérico.) ;Overton!...

## ESCENA VI.

DICHOS, SUSANA asustada.

SUSANA.

Señor!

Señor! (Conteniéndose.)

MILTON.

Qué es eso?

SUSANA.

(Con naturalidad.) No, nada,  
que la niña... ya se ve...  
al fin niña...

MILTON.

Bien ¡Y qué?

SUSANA.

Que se halla sobresaltada  
con la tardanza excesiva  
del noble Ricardo, y...

(Hablando al interior.)

Entra, hija mia, entra aquí.

(Á Milton.) Está más muerta que viva  
pendiente de todo ruido...

Corren voces tan extrañas  
de estas últimas campañas,  
y dicen que hay tanto herido,

que bien pudiera ocurrir...  
¡ya se ve... Como el señor  
Overton trajo un humor  
tan malo... y quiso impedir  
que esta fuese...

(Dirigiéndose al interior.)

Entra, hija mia... (Sale Débora.)

Y como estais vos tan serio  
y hablais con tanto misterio,  
cualquiera sospecharía...

## ESCENA VII.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. Padre... ¡Cosas de Susana!  
Yo no quise interrumpiros,  
y ella...

SUSANA. No tal: tus suspiros  
por Ricardo...

DEBORA. ¡Sí!... Mañana  
seis meses hará que aguardo  
su vuelta con vivo anhelo.  
Lóndres se viste de duelo  
con tanta guerra... y Ricardo  
no viene!...

SUSANA. Y teme quizá...

DEBORA. Al no verle al lado nuestro,  
no sé por qué azar siniestro  
pienso que no volverá.

SUSANA. Calma tu afan y confía.

OVERT. No, Ricardo no está muerto.

DEBORA. ¿Ni herido?

OVERT. Ni herido.

DEBORA. Oh! es cierto?

Voy á verle.

MILTON. No, hija mia.

DEBORA. ¡Ah! ¿Qué dices?

MILTON. No es posible.

Un suceso extraordinario  
ha ocurrido... Es necesario  
resignarse á un mal terrible.

- DEBORA. ¿Cómo?
- SUSANA. ¿Qué decis, señor?
- MILTON. Que da el martirio la palma,  
y que hay que templar el alma  
en el yunque del dolor. (Pausa.)  
¿Qué soy para tí... ¿qué ha sido  
mi voluntad?...
- DEBORA. Ley sagrada  
que no la destruye nada.
- MILTON. ¿Nada?
- DEBORA. (Resuelta.) Nada.
- MILTON. (Á Overton.) Ya has oído,  
queda el enlace deshecho.
- DEBORA. ¡Cielos!
- SUSANA. ¿Qué?
- MILTON. Es mi ley expresa.
- DEBORA. ¡Mas!...
- MILTON. Mi voluntad es esa.
- DEBORA. ¡Gran Dios!... (Cae en brazos de Susana.)
- MILTON. (Á Overton.) Ya estás satisfecho.
- OVERT. Pero...
- MILTON. ¿Pretendes aún más?  
Su alma tan pura y tan casta  
destrozas, y...
- OVERT. Juro...
- MILTON. Basta.  
No nos veremos jamás.
- OVERT. ¿Jamás? No, Milton, no creas  
que hay un interés bastardo  
en mí...
- MILTON. (Con amargura.) Dios dé á tu Ricardo  
los bienes que le deseas.  
Adios.
- OVERT. Si á leyes forzosas  
me rindo en estos momentos  
de angustia, mis sentimientos...
- MILTON. ¿Qué entiendes tú de esas cosas?
- OVERT. Mi dignidad.
- MILTON. (Con ira.) Ves que anhele  
estar solo, y todavía  
estás aquí.
- OVERT. Es que... quería...

pero en fin, guárdete el cielo. (Váase.)

## ESCENA VIII.

MILTON, DÉBORA, SUSANA.

- DEBORA. ¡Padre! ¡Padre!  
MILTON. Ven aquí;  
busca en mis brazos la calma.  
DEBORA. Si le adoro con el alma,  
si es imposible, ay de mí!  
SUSANA. ¿Pero podremos saber?  
MILTON. (Cogiéndola de un brazo.)  
(¿No lo presumes?)  
SUSANA. (¡Dios santo!)  
MILTON. Hija, derrama tu llanto:  
don del cielo es padecer.

## ESCENA IX.

LOS MISMOS, ISABEL,

- ISABEL. ¡Milton!... ¡Débora!  
MILTON. (¡Ella aquí!)  
DEBORA. ¡Madre del alma querida!  
me hallais sin alma, sin vida.  
MILTON. (Separándolas: con arranque.)  
Tu madre ha muerto... Está allí.  
(Señalando al cielo.)  
DEBORA. ¡Padre!  
ISABEL. ¡Señor!  
DEBORA. ¡Dios del cielo!  
Vuestra voz está turbada,  
y vuestra faz alterada  
la cubre sombrío velo...  
¿Qué teneis?  
ISABEL. (Todo me avisa  
mi infortunio y me condena.)  
DEBORA. Padre, ya estoy más serena  
y resignada y sumisa.



\*Perdon si un instante pudo  
\*mi corazon revelarse,  
\*y en llanto acerbo anegarse.  
\*¡Ay! ¡El golpe fué tan rudo!...  
\*Perdon, perdon, padre mio,  
\*era su vida mi vida  
\*y era su imágen querida  
\*como el espejo de un rio,  
\*que al bañar el fértil suelo  
\*retrata en vagos primores  
\*la belleza de las flores  
\*y la hermosura del cielo.  
\*Ya he calmado mi pesar;  
\*recogeré resignada  
\*mi traje de desposada,  
\*mi corona de azahar,  
\*todo mi modesto aliño  
\*sin que la pena me exalte;  
\*yo quiero que nunca os falte  
\*mi respeto y mi cariño.  
No sé qué causa ha llegado  
á turbar mi dulce amor...  
pero ello es que vos, señor,  
así lo habeis acordado,  
y siendo vos el más digno  
de los padres... obedezco...  
sumisamente padezco...  
digo no, no... me resigno;  
porque no creais que yo  
sufro... y sufro horriblemente,  
nada de eso, mi alma siente,  
pero llorar, eso no. (Rompe á llorar.)

MILTON. Dios del cielo!

DEBORA. Padre amado!

MILTON. ¡Hija! Salid!

SUSANA. (Sosteniendo y conduciendo á Débora.)  
(Guarda entera  
tu fe.)

---

(1) Los versos con asterisco pueden suprimirse en la representación.)

- ISABEL. (Disponiéndose á marchar.)  
Señor...  
MILTON. No, tú espera.  
Salid. (Á Susana y Débora.)  
SUSANA. Señor!... ¡Dios sagrado!

## ESCENA X.

MILTON, ISABEL.

- MILTON. (Cierra la puerta de la izquierda por donde salieron Débora y Susana y la del fondo.)  
Ya ves, ya ves lo que pasa:  
Overton se ha retractado.  
¿Sabes por qué? porque ha entrado  
la deshonra en esta casa.  
Débora es digna de mí,  
yo supe su honor guardar,  
luego si ha entrado en mi hogar  
la infamia ha sido por tí.  
ISABEL. ¡Milton!  
MILTON. Lloras? Ah, conque era  
verdad?  
ISABEL. Milton!  
MILTON. Dios piadoso!  
ISABEL. ¿Por qué fuisteis generoso  
cuando os ví por vez primera?  
MILTON. Te acuerdas?  
ISABEL. ¡Cómo olvidar  
que fuisteis mi noble escudo!  
MILTON. Vacilante al golpe rudo  
de la saña popular,  
rodar á mis piés te ví,  
¡con qué generoso impulso  
me lancé, todo convulso  
de rabia, á luchar por tí!  
Aún en mi oído resuena  
la voz del pueblo bravía.  
«Hija es de un traidor»— decía.—  
«Pague por serlo la pena.»  
Y á fe que decía bien  
el pueblo allá en sus furoros

que eres hija de traidores  
y eres traidora tambien.

ISABEL. ¡Milton!

MILTON. ¡Infeliz!

ISABEL. ¡Piedad!

(Cayendo de rodillas.)

MILTON. ¿Ves la huella de un hachazo  
en este brazo? Este brazo  
salvó tu vida.

ISABEL. Es verdad,  
vos la salvasteis, señor!

MILTON. Entónces, vil homicida,  
si yo te salvé la vida  
por qué das muerte á mi honor?  
¿Tan áspera es la virtud?  
¿Tan irresistible el vicio  
que es en tí gran sacrificio  
pagarme con gratitud?  
Alza.

ISABEL. No.

MILTON. Quiero que ahonde  
mi voz doliente en tu pecho.  
¿Qué has hecho?

ISABEL. ¡Piedad!

MILTON. ¿Qué has hecho?

ISABEL. ¡Ay! Piedad!

MILTON. (Obligándola.) Alza y responde. (Pausa.)

Desde que á mi hogar te traje  
llamándote esposa mia  
has visto pasar un dia  
sin que te rinda homenaje  
mi amor? Reina soberana,  
no has mandado caprichosa  
tanto en mi Débora hermosa  
como en mi vieja Susana?  
\*¿No he estado siempre de hinojos  
\*llamándote mi ángel bueno,  
\*reclinándome en tu seno,  
\*contemplándome en tus ojos,  
\*siendo mi encanto mayor,  
\*mi más legítimo orgullo  
\*poder dormirme al arrullo

\*de tu acento seductor?  
¿Cómo has podido turbar  
tan villana y torpemente  
hasta el amor inocente  
de mi hija? Penetrar  
quisiera en tu corazón  
para medir sus horrores;  
debes sufrir torcedores  
terribles... Tu vil traición,  
tu crimen extraordinario  
tal te acusa... tal te aqueja,  
que ni lágrimas te deja  
que llorar. No es necesario  
que tu corazón me abras. (Transición.)  
Si no acierto á comprender  
cómo vive esta mujer  
al escuchar mis palabras.

ISABEL.

¡Ay! ¡Bien decís! El Señor  
no quiere curar mi herida  
cortando esta inútil vida  
que hace imposible el dolor.

MILTON.

(Como hablando consigo mismo.)  
Sería el amante vil  
que logró su amor bastardo,  
más ilustre, más gallardo,  
más poderoso y gentil.

(Volviéndose á Isabel.)

¿No es cierto? Dí: su mirada  
más brillante que la mía,  
su faz sin nube sombría...  
¡Ya mi faz está arrugada!  
¡Ya mis cabellos están  
blancos, sí!... ¡Mas quién se atreve  
á penetrar en la nieve  
que á veces cubre el volcán?  
¿Piensas tú que la hermosura,  
inextinguible destello  
de Dios, está en el cabello,  
en el rostro, en su tersura!  
¿Qué toma la forma humana  
de un cuerpo erguido y apuesto  
como el tuyo?... ¡Error funesto!

La belleza soberana  
sólo en la virtud se encierra:  
así eres tú en este instante,  
la mujer más repugnante  
y deforme de la tierra.

ISABEL. Matadme, señor!

MILTON. Ah, sí;  
matar le cumple al que ha sido  
tan fieramente vendido  
cual yo lo he sido por tí.  
Dos infames deben hoy  
pagar aquí su delito.  
Uno eres tú.

ISABEL. (Con alegría.) ¡Dios bendito!

MILTON. El otro á saberlo voy.

ISABEL. (Con terror.) Oh!

MILTON. Como aprieta tu mano  
convulsiva ese pañuelo  
quizás infame señuelo  
para atraer al villano.  
Ve á agitarlo á aquel balcon.

ISABEL. Oh!... jamás!...

MILTON. Que te conmueve?

No es esta la hora en que debe  
consumarse la traicion?

Da la señal... No está bien  
que faltes á lo pactado:

ya que á mí me has engañado  
no le engañes á él tambien.

Vé. (Imperativamente.)

ISABEL. (Dando un paso hácia el balcon.)

No ha existido jamás  
tan honda y fiera agonía.

(Vuélvese á implorar.)

MILTON. Vé!

ISABEL. Santa Virgen María!

MILTON. (Infame!)

ISABEL. (Cubriéndose el rostro con el pañuelo y cayendo  
de rodillas al pié del balcon.)

¡No puedo más!

MILTON. Ese lienzo representa  
la doblez de su alma impura:

- se llena de su amargura  
y es el padron de su afrenta.
- ISABEL. (Sollozando.) ¡Ay!
- MILTON. ¡Me hicieron á traicion!
- (Se dirige á la puerta del fondo.)
- ISABEL. (Rápida.)  
¡Ah, no, Milton! No... qué intentas?  
¡Piedad!
- MILTON. Vengar mis afrentas;  
eso quiero.
- ISABEL. ¡Compasion!
- MILTON. Justicia.
- ISABEL. (Deteniéndole.) No... no será.  
Yo sola soy la culpable.
- MILTON. ¿Tú sola?
- ISABEL. Yo.
- MILTON. (Con ira.) ¡Miserable!  
Dices bien. (Cogiéndola de un brazo.)
- PHIL. (Dentro.) ¡Isabel!
- ISABEL. ¡Ah!
- MILTON. (Tapándola la boca.)  
Silencio... si prevenida  
lanzas un grito alarmante,  
juro que al entrar tu amante  
nos halla á los dos sin vida.
- ISABEL. (Inclinando la cabeza con abatimiento.)  
Espero el castigo.
- MILTON. Sí.  
(Abre la puerta del fondo, detrás de la cual queda oculto. Isabel no llega á tiempo de impedirlo.)

## ESCENA XI.

MILTON, ISABEL, PHILARAS.

- PHIL. (Resueltamente y sin ver á Milton.)  
¡Ah Isabel... Isabel mia!...
- MILTON. ¡Traidor! (Despues de cerrar las puertas.)
- PHIL. (Despavorido y aterrado.) ¡Ah!
- ISABEL. (Á media voz.) (Virgen María!)
- MILTON. ¡Tú!...
- ISABEL. ¡Milton! (Interponiéndose.)

MILTON. (Arrastrándola hácia la puerta de la derecha.)  
Pronto, entra aquí.

ISABEL. Ah, Milton!...

MILTON. No ves, malvada,  
las iras que reconcentra  
mi corazón... entra, entra...  
nada escucho, nada... nada.

(La hace entrar violentamente: cierra la puerta  
y se vuelve rápido á Phílaras, á cuya vista se  
queda aterrado.)

## ESCENA XII.

MILTON, PHÍLARAS.

MILTON. ¡El mismo! No hay duda ya.  
Mi amigo mejor!... ¡El mismo!  
Dios santo!... ¡Qué nuevo abismo  
es este en que mi alma está!...  
Hogar le di cariñoso,  
paz le ofrecieron mis brazos,  
¡y él me destroza en pedazos  
el corazón!... ¡Dios piadoso!...  
Con tanto y tanto sufrir  
siento impulsos de llorar,  
con deseos de matar  
y con ansias de morir. (Pausa.)

PHIL. Milton, mira si tomó  
mi loca pasión arraigo,  
cuando á tus plantas no caigo  
muerto de vergüenza.

MILTON. ¡Oh!

PHIL. ¡Milton!

MILTON. Silencio ante mí.  
¡Cómo á levantar se atreve  
su voz, el cobarde aleve  
que viene á injuriarme así?

PHIL. Cese esta lucha insensata.

MILTON. Tu ansiedad no se me oculta,  
calle la lengua que insulta  
y hable el acero que mata.  
(Coge una espada de la panoplia.)!

- PHIL. ¡Hiere!
- MILTON. Déjeme camino  
tu espada.
- PHIL. Jamás.
- MILTON. ¡Villano!
- PHIL. Debo morir á tu mano.
- MILTON. Soy vengador, no asesino...
- PHIL. Eres viejo, y no acostumbra  
mi brazo...
- MILTON. Me sobra fuego,  
vigor, destreza.
- PHIL. Estás ciego.
- MILTON. Mientes: ¡la razon me alumbra!
- PHIL. Jamás, Milton.
- MILTON. Mata ó muere,  
ó jura que abofetea  
mi mano tu rostro,
- PHIL. (Desenvainando.) Sea,  
ya que el infierno lo quiere. (Luchan.)
- ISABEL. (Dentro y repetidamente.)  
¡Milton! (Golpea la puerta.)
- PHIL. Cumple tu deseo.
- MILTON. Sangrientos círculos rojos  
están nublando mis ojos!
- ISABEL. Milton!...
- DEBORA. (Golpeando la puerta de la derocha.)  
¡Socorro!
- MILTON. (Dejando de luchar.) ¡No veo!
- ISABEL. ¡Abrid!
- PHIL. (Es fuerza que huya.)  
(Abre la puerta de la habitacion en que está en-  
cerrada Isabel.)
- MILTON. ¡Sombra!... ¡Horrible pesadumbre!  
Caiga un rayo que me alumbre  
aunque á la vez me destruya.  
(En este momento sale Isabel por la puerta que  
ha abierto Phílaras, y Débora por la que ha sal-  
tado rota.)



## ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DÉBORA, SUSANA, ISABEL.

ISABEL. ¡Milton!

MILTON. (Herido por la voz de Isabel.

¡Oh!

DEBORA. (Deteniéndose aterrada y cruzando las manos.)

(¡Dios de bondad!)

PHIL. (¡Huyamos!)

ABEL.

¡Phílaras!

<sup>S</sup>PHIL.

(¡Calla!)

MILTON. Todo, todo envuelto se halla  
en sombras de impunidad.

DEBORA. (Saliendo de su estupor y yendo hácia su padre  
Ah!..)

MILTON. (Cogiendo á Débora.)

¡Desgraciada de tí!

¡En Dios tu conciencia fija! (Va á herirla.)

DEBORA. ¡Padre! (Abrazándole.)

MILTON. ¡Ah!... ¡Cielos! ¡Tú?... ¡Mi hija?...

(Rompiendo en sollozos.)

¡Hija!... ¡Hija mía!... ¡Ay de mí!

Phílaras lucha en vano por llevarse á Isabel, la  
cual espantada y sobrecogida contempla á Milton  
y á su hija.)

(Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Se suplica á los Directores de escena ensa-  
yen este final con cuidado y repetidas veces  
hasta que resulte rápido, aterrador y paté-  
tico.



---

## ACTO TERCERO.

---

Habitacion de humilde aspecto de una casa de un arrabal de  
Lóndres. Puerta al fondo, por la cual se ve el campo.  
Puertas á la derecha del espectador. Ventanas á la iz-  
quierda.

### ESCENA PRIMERA.

SUSANA y DÉBORA.

Susana con unas antiparras grandes, aparece ocupada en  
preparar la mesa para comer. Débora junto á una ventana na-

SUSANA. No digamos que digamos  
que ando de prisa y corriendo,  
pues falta para la hora  
de comer, una lo ménos.  
Pero yo no estoy contenta  
cuando no voy con trebejos  
ó la Biblia entre las manos  
ó la lana entre los dedos.  
Y en fin, que si este servicio  
se ha de hacer, hacerlo á tiempo.  
(Fijándose en Débora.)  
¡Pues! Lo de siempre... mirando  
á Lóndres.

DEBORA. ¡Ay! Cuán espesos  
son esos tristes celajes  
conque se encubre el invierno.

Yo he visto un sol más amigo  
que ese sol de sombras lleno;  
y he vivido en otros días  
más tranquilos, más risueños;  
de esos que traen en sus alas  
de azul y rosa los ecos  
de soñadas armonías  
que van de la tierra al cielo.  
¡Dejad, Señor, que un instante  
acaricie el pensamiento,  
aquel amor de mi alma  
siempre vivo y siempre muerto!

(Oculta el rostro entre las manos.)

SUSANA. (Acercándose lentamente.)  
Cuando digo que este asunto  
se va poniendo muy serio...

DEBORA. Susana!

SUSANA. Lo dicho, dicho,  
y es necesario...

DEBORA. Silencio!  
Si te oye mi padre...

SUSANA. Que oiga  
no me importa! Santo y bueno  
que los hijos sean fieles  
cumplidores del precepto;  
que honran en todo á sus padres;  
pero sufrir este lento  
martirio, pasa los límites  
del deber y yo no puedo...

DEBORA. Ah! piénsalo bien.

SUSANA. Pensando  
estoy sin cesar y viendo  
que el color de tus mejillas  
se ha marchitado; que el sueño  
no viene como ántes dócil  
á revolver en tu lecho,  
y que el llanto y los suspiros  
y la ansiedad y los duelos,  
tal han dejado tu rostro  
tan pálido y descompuesto,  
que en vez de la fresca rosa  
que un día fué mi embeleso,

parece un jazmin nevado  
que troncha el soplo del cierzo.  
Por otra parte, tú engañas  
á tu padre.

DEBORA. Oh!

SUSANA. Sí, y confieso

que lo haces perfectamente!

Siempre cantando y riendo!

Esto es, la risa por fuera

y las lágrimas por dentro,

En fin, qué más? has podido

convencer al pobre viejo

de que no amas á Ricardo...

DEBORA. Á Ricardo!

SUSANA. Sí.

DEBORA. ¿No es cierto

que es gran blasfemia?

SUSANA. Espantosa.

DEBORA. Pues mira, no me arrepiento.

SUSANA. Pero es que temo perderte.

Te estás muriendo... muriendo...

DEBORA. ¿Y eso qué importa, Susana?

SUSANA. Hija mia!

DEBORA. El Ser Supremo

me impone un deber sagrado.

SUSANA. Bien, pero tú...

DEBORA. Yo lo acepto

y le he de cumplir: mi padre

sucumbe al enorme peso

de su dolor!

SUSANA. Sí; dos años

que los infames huyeron.

En vanó fué la justicia

de los hombres persiguiéndolos:

él la burló y codicioso

de goces y de dinero

vendióse al turco!

DEBORA. ¡Qué espanto!

SUSANA. Y ella quizás,... por supuesto,...

renegaría...

DEBORA. No; calla,

tú no sabes...

(Con terror y mirando á todas partes.)  
Tengo miedo  
de hablar.

SUSANA. Vamos, qué te ocurre?

DEBORA. ¿Tú eres buena?

SUSANA. Yo...

DEBORA. Sí.

SUSANA. Al ménos  
lo procuro.

DEBORA. Lo consigues.  
Conozco tus sentimientos  
que son nobles, generosos.

SUSANA. Pero á qué viene todo eso?

DEBORA. Oye, más ántes contesta  
á una pregunta que quiero  
hacerte.

SUSANA. ¿Cuál?

DEBORA. (En voz baja y con temor.) Si algun dia  
la voluntad del Eterno  
acercara á esos umbrales  
á Isabel...

SUSANA. (Sorprendida.) ¿Cómo?

DEBORA. Si el cielo  
la hiciera llegar á Lóndres  
arrepentida, sufriendo  
en su corazon los rudos  
golpes del remordimiento.  
Si á tí acudiera llorando...

SUSANA. Débora, qué estás diciendo?  
Es imposible.

DEBORA. (Bajando la voz) ¡Está en Lóndres!

SUSANA. Imposible, no te creo,  
te han engañado.

DEBORA. La he visto!

SUSANA. ¿Qué la has visto? ¿Pero es cierto  
lo que me dices, ó acaso  
tus ojos te la fingieron?

DEBORA. No, Susana: hace ya dias  
dirigíame hácia el templo  
en la plegaria buscando  
para mis penas remedio.  
Cerca del atrio...

- SUSANA. Prosigue.
- DEBORA. Una mujer... un espectro  
más bien, detuvo mi paso.  
Me echó los brazos al cuello,  
llorando, y cubrió mi rostro  
de lágrimas y de besos.
- SUSANA. ¿Era ella?
- DEBORA. Sí.
- SUSANA. ¿Y tú sufriste  
su contacto? Me estremezco  
al pensar.
- DEBORA. \*Pues qué había  
\*de hacer?
- SUSANA. \*Rechazarla.
- DEBORA. \*Creo  
\*que te he dicho que á la iglesia  
\*iba á buscar el consuelo  
\*de mis males: si á mi paso  
\*hallaba males ajenos  
\*y los despreciaba, ¿cómo,  
\*cómo, dime, el Ser Supremo  
\*pudiera calmar los míos?  
\*¿Ni qué fuerza tiene el rezo,  
\*si el corazón de que brota  
\*para remontarse al cielo  
\*no está, libre de rencores,  
\*á la compasión abierto?
- SUSANA. \*Sí, pero...
- DEBORA. Si tú la vieras...
- SUSANA. Verla?... Jamás... lo que es eso...
- DEBORA. Pues mira, yo... confiando  
en tí...
- SUSANA. ¿Qué dices?
- DEBORA. He hecho  
una promesa y... Si vieras  
qué cambiada está! Su aspecto  
es el de una anciana; tiene  
casi blancos los cabellos,  
y los ojos tan hundidos,  
y el rostro tan macilento,  
que yo en verdad...
- SUSANA. Concluyamos.

- Con todos esos rodeos  
qué quieres? ¡Qué prometiste?
- DEBORA. Que tú y yo, puestas de acuerdo,  
le digamos á mi padre...
- SUSANA. Nunca.
- DEBORA. ¡Susana!
- SUSANA. Repruebo  
ese plan.—¿Decirle?... Vaya,  
para renovar añejos  
dolores... para traer  
á su memoria el recuerdo  
vivo de aquellos infames?  
No.
- DEBORA. (Con cariño.) Tu corazón es bueno...  
tú me ayudarás...
- SUSANA. No, nunca.
- DEBORA. Si ve que nada resuelvo  
quizás se aventure un día,  
y venga.
- SUSANA. ¡Permita el cielo  
que cieguen ántes mis ojos!
- DEBORA. Pero...
- SUSANA. Nada... no empecemos.  
Si... si... pues buena soy yo  
para... vamos, cuando pienso  
que por ella... tú y tu padre...
- MILTON. (Dentro.) Débora.
- DEBORA. (Á Susana.) Por Dios, silencio,  
aquí se aproxima.
- MILTON. ¡Débora?

## ESCENA II.

LAS MISMAS, MILTON.

- DEBORA. (Con alegría.) Padre mio, ya despierto?  
Breve fué la siesta.
- SUSANA. Breve...
- MILTON. Dormimos poco los viejos...
- SUSANA. Yo con tres horas...
- MILTON. ¡Tres horas!  
Yo muchos días con ménos...
- DEBORA. Pues yo paso, padre mio,



toda la noche en un sueño.

MILTON. ¿De veras?

DEBORA. Y tan de veras.

SUSANA. ¡Vamos!

(Como manifestando que comprende la falsedad de lo que dice Débora.)

MILTON. ¿Qué estábais haciendo?

SUSANA. Hablando.

MILTON. ¿Y de qué?

DEBORA. De cosas  
nímias.

SUSANA. De asuntos caseros.

DEBORA. Y del día.

SUSANA. Que es horrible!

DEBORA. Muy triste.

MILTON. ¿Día de Enero!

SUSANA. Setenta y seis navidades  
llevo á cuestas: no recuerdo  
un invierno más sañudo,  
más espantoso y más negro!

DEBORA. Setenta y seis!

MILTON. Á esos años  
cada día es más invierno!

SUSANA. Y luégo, como ésta casa  
está tan fuera del centro  
de la ciudad... cuando salgo  
á mis quehaceres...

MILTON. Comprendo.

SUSANA. Vivimos tan apartados.

MILTON. Lejos del mundo, muy lejos.

DEBORA. Yo no sé cómo Susana  
dice que este sitio es feo,  
estando vos á mi lado  
todos me parecen bellos.

MILTON. Estás aquí muy contenta?...

DEBORA. Siempre que esteis vos contento.

MILTON. ¿Con que tú?...

DEBORA. ¿Qué os preocupa?

MILTON. Sabes, hija, que sospecho  
que me engañas...

SUSANA. Señor!

DEBORA. Padre!

- MILTON. Poco á poco, cuando pienso  
que tú le querías tanto...
- DEBORA. Á quién? (Con naturalidad.)
- MILTON. Á Ricardo.
- DEBORA. Empeño  
más tenaz! Siempre Ricardo!  
¡Pues sí, que estaría bueno  
que yo pasara los días  
lanzando quejas al viento  
mientras él, quizás, dichoso!  
Bah... bah.. bah... ¿Quién piensa en eso?  
¿Dónde habrán ido sus frases,  
promesas y juramentos!  
Já, já, já! Padre mio!  
Donde los míos se fueron.
- MILTON. (Abstraido.) Y ella es sangre de mi sangre.  
¡Contrastes más estupendos!
- SUSANA. Ah, señor! Se me olvidaba:  
ahí ha venido un mancebo  
con una carta.
- MILTON. ¿Una carta  
para mí?
- SUSANA. Sí.
- MILTON. Pues no acierto  
quién puede escribirme. Débora,  
¿quieres ver?...
- DEBORA. (Abriéndola y leyendo.) Es del librero,  
de Jhonson Bulwer.
- MILTON. Ah, Bulwer!
- SUSANA. De fijo os pide de nuevo  
*El paraíso perdido.*
- DEBORA. Lo has acertado.
- MILTON. ¡Qué terco  
está el hombre! Pues no sabe...
- DEBORA. Á la verdad, no comprendo  
vuestra negativa.
- SUSANA. Es raro  
que no accedais á sus ruegos.
- DEBORA. Vamos, dadle el Paraíso.
- MILTON. Yo no doy lo que no tengo.
- DEBORA. ¿Cómo que no?
- SUSANA. Vamos, vamos!.,.

- DEBORA. Pues si hace ya tanto tiempo  
que está concluido.
- MILTON. ¡Mucho!
- DEBORA. Tesoro de amor... compendio  
de ilusiones, de esperanzas.
- MILTON. Pues por eso... pues por eso...  
¡Esperanzas, ilusiones  
que robó!...
- SUSANA. (Rápida.) ¡La infamia!
- MILTON. El viento.  
(Breve pausa.)  
Mira, Débora, en seguida  
contéstale que no puedo  
complacerle.
- DEBORA. Pero, padre...
- MILTON. Nada. En mi cuarto hay tintero,  
pluma y papel.
- DEBORA. Voy al punto.  
(Susana, has visto qué empeño!
- SUSANA. ¡Qué quieres, hija, qué quieres:  
la obediencia lo primero.)  
(Vánse.)

### ESCENA III.

MILTON.

Inútil... vano es luchar.  
Siempre su imagen, su nombre!  
¿Qué es la voluntad del hombre  
si no consigue olvidar?  
En vano quiero quebrar  
las cadenas de este amor,  
¡ser libre... funesto error!  
¡Libertad!... sombra mentida!  
mientras exista en la vida  
la esclavitud del dolor. (Ligera pausa.)  
Era una hermosa mañana;  
bañaba el sol mi aposento,  
sútil columpiaba el viento  
las flores de mi ventana;  
hilando estaba Susana,

Isabel, grave y discreta,  
Débora, feliz, inquieta,  
cartas de su amor leía,  
y mi mente se mecía  
en mis sueños de poeta.  
De pronto á la vida real  
volviendo, tal cuadro al ver  
me dije: «así debió ser  
el Paraiso inmortal.»  
¡Ay! Por mi suerte fatal  
harto semejante ha sido,  
pues la fortuna ha querido  
que ante el dolor que me aterra,  
yo tambien mire en la tierra  
mi paraiso perdido.  
Perdido! mas yo no fui  
rebelde al Dios que me ha dado  
la vida, ni he profanado  
la ley que de Él recibí.  
Siempre en mi espíritu ví  
su ser, su forma, su esencia,  
siempre fijo en mi conciencia  
empapé mi fantasía,  
en la eterna poesía  
que brota de su existencia.  
Luego ¿por qué si en Tí creo  
me impones tan duras penas?  
¿Por qué, Señor, me condenas?  
¿De qué faltas me haces reo?  
Si soy un pobre pigmeo  
sujeto á fatal destino;  
y si á tu poder divino  
no llega humana malicia,  
¿qué justicia es tu justicia  
que á comprenderla no atino?  
(Aterrado por lo que acaba de decir.)  
Oh! menguado pensamiento!  
Imperdonable delirio!  
Esta duda es el martirio  
más atroz de los que siento.  
Señor, infúndeme aliento!  
dame luz!... guía mi pie!...

Ya que mi razon no ve  
tus altos juicios serenos,  
Señor, que te vea al ménos  
con los ojos de la fé.

(Cae sollozando de rodillas; despues de una breve  
pausa, llaman fuertemente á la puerta.)

## ESCENA IV.

MILTON y OVERTON.

MILTON. ¡Llaman!

OVERT. (Dentro.) Milton!

MILTON. Adelante.

OVERT. (Entrando.) Dios te guarde.

MILTON. (Acercándose á él.) ¡No me engaño!  
Overton... tú...

OVERT. Sí.

MILTON. Es extraño!

Tú aquí?

OVERT. Razon hay bastante  
para ello.

MILTON. (Irónicamente.) Qué cataclismo  
ocurre? Y tu dignidad?  
No te conozco en verdad.

OVERT. Ni me conozco yo mismo!

MILTON. Pero...

OVERT. No hablemos en vano.

Hay en la vida dolores,  
Milton, que son superiores  
á todo el esfuerzo humano.

MILTON. Y eso qué quiere decir?

OVERT. Nada tu razon infiere?

MILTON. No es fácil.

OVERT. Mi hijo se muere, (Con rudeza.)  
y yo no puedo vivir.

Es su amor tan violento,  
tan grande, que no la olvida.

Ella es vida de su vida,  
y es aliento de su aliento.

MILTON. ¿Y lo comprendes ahora!...  
En dos años de ansiedad,

no has visto la enfermedad  
que á tu Ricardo devora?  
¡Es natural!—Tú dirías  
á vueltas de mil razones:  
«Dichas, amor, ilusiones...  
pequeñeces, niñerías.  
Ricardo se casará  
con otra mujer hermosa,  
más rica, más poderosa,  
y entónces feliz será.»  
Pero hoy, con dolor profundo,  
al ver que tu hijo se muere,  
tu pobre razon infiere  
que le hace falta en el mundo  
ese sueño, ese ideal,  
algo más grande y sublime,  
algo del amor que imprime  
Dios con su aliento inmortal.  
Y al comprender el tormento  
de tu Ricardo querido,  
dando el pasado al olvido  
y sin otro pensamiento  
que el de calmar su agonía,  
vienes, con ancha conciencia,  
para salvar su existencia  
á arrancarme á mí la mia.  
¿No es eso?

OVERT.

Milton!

MILTON.

¡Confiesa

que he sabido comprenderte!

OVERT.

Piensa en mi dolor, y advierte...

MILTON.

Que hoy porque á tí te interesa  
vienes aquí.

OVERT.

No: te engañas.

Soy padre!

MILTON.

Tú? No lo fuiste

aquel dia en que viniste

á desgarrar mis entrañas.

¡Vivo el sentimiento guardo!

mi hija tambien se moría,

y mi Débora valía

tanto ó más que tu Ricardo,

OVERT. ¡Con que es decir...

MILTON. Es decir,  
que Dios, que tiene en su mano  
este misterio, este arcano  
del alma, si ha hecho sufrir  
á tu hijo, tuvo piedad  
de mis dolores, y ha hecho  
que ella aleje de su pecho  
esa pasion.

OVERT. ¡No es verdad!

MILTON. Que no es verdad?

OVERT. Si pudieras  
ver su rostro demacrado,  
no dirías que ha olvidado  
sus ilusiones primeras.

MILTON. ¿Qué? Me vienes á decir  
que su cariño no ha muerto?

OVERT. Si, Milton.

MILTON. Ah, no, no es cierto!

OVERT. Nunca he sabido mentir.

MILTON. ¡Que ella con fingida calma  
vive ahogando sus dolores!  
¡Qué nuevo abismo de horrores  
vienes á abrirme en el alma.  
Débora!

OVERT. ¡Qué vas á hacer?

MILTON. ¡Qué he de hacer? ¡Desventurada!  
Débora!

## ESCENA V.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. Padre!

MILTON. Hija amada,  
responde: quiero saber  
si vivo: en tu pecho está  
ese amor!

DEBORA. Padre!

MILTON. Hija<sup>m</sup>ia,  
es cierto que todavía  
amas á Ricardo?

- DEBORA. Ah!
- MILTON. ¿Es verdad que la expresion  
de tu cántico sereno  
antídoto del veneno  
que llena mi corazon;  
ese canto de ternura  
constantemente ha brotado  
de tu pecho desgarrado  
por un amor sin ventura?
- DEBORA. Ah, padre! No, no creais  
que oculté mi sentimiento  
y que he sufrido un tormento  
tan grande. No, os engaÑais.  
Sí; mi mente tuvo un dia  
ilusiones seductoras,  
pero...
- MILTON. Sí, pero tú lloras.  
Tú lloras.
- DEBORA. Padre!
- MILTON. Hija mia!  
(La abraza. Breve pausa.)
- OVERT. Calma.
- MILTON. Tenías razon.  
(Á Overton con amargura.)  
En mi dolor egoista  
aun más ciego que la vista  
he tenido el corazon.
- OVERT. ¡Milton!
- DEBORA. Señor!
- MILTON. Basta ya.  
Tu amargura ha sido inmensa  
mas va á tener recompensa  
muy pronto; sí, la tendrá.  
De pensarlo solamente  
río y lloro como un niño.
- DEBORA. Y vos creéis...
- MILTON. Su cariño  
inmenso, puro, ferviente,  
dejó en tí profunda huella,  
sin él no puedes vivir.
- OVERT. (Bajo á Milton.) No la obligues á mentir.  
Déjame solo con ella.



MILTON. (Es verdad.) Overton quiere hablar contigo un instante.

DEBORA. ¿Conmigo?

OVERT. Sí.

MILTON. Es padre amante y su Ricardo se muere...

DEBORA. Ah!

MILTON. Pero tu amor confío que le cure. En fin, os dejo...  
(Solo, deshonrado, viejo y envuelto en sombras. ¡Dios mio! No puedo, no puedo más! Mi amargo cáliz rebosa! (Transición.) Pero si mi hija es dichosa qué me importa lo demás!) (Váase.)

#### ESCENA IV.

DEBORA y OVERTON.

DEBORA. Hablad, que mi alma os escucha.

OVERT. Débora, ya lo has oído: por largo tiempo he vivido con mi corazón en lucha. Perdona si alguna frase de lo que digo te aflige: cuando á mi Ricardo dije que para siempre olvidase tu amor, fué el golpe tan rudo, tan fiera la sacudida y tan profunda la herida que quiso hablar y no pudo. Yo al contemplar su extrañeza dije gozoso, «ahora estalla, y libramos la batalla y la vence mi firmeza;» pero en vez de resistir mi intención al penetrar, tan sólo supo callar y padecer y morir. Y no hallé forma ni modo de vencer. Luché con saña,

y he sucumbido... esta entraña  
(Señalando al corazón.)  
es más rebelde que todo.  
Vencerle!... Y cómo? Imposible!  
La obediencia fué su norma,  
y el dolor que se conforma  
es un contrario invencible.

DEBORA. Señor..

OVERT. Ricardo me envía.

DEBORA. Ah! Ricardo!

OVERT. Te conmueve  
su nombre?

DEBORA. Es el eco leve  
de una lejana armonía.

OVERT. Le hace morir tu desvío.  
Es preciso que te ablande  
su dolor... Ay! es tan grande!

DEBORA. Sí, tan grande como el mío.

OVERT. Pero al fin sereis dichosos...

DEBORA. Tengo esperanza en el cielo.

OVERT. Siendo mi orgullo y consuelo,  
tiernos y amantes esposos.

DEBORA. Jamás! En la inmensidad  
de nuestro amor inmutable  
abrió un abismo insondable  
la triste fatalidad.

Hay en mi padre una herida  
que vos ahondasteis severo;  
no puedo señor, no quiero  
hacer más triste su vida.

OVERT. ¡Pero si ya hemos hablado  
y él accede á tu ventura!

DEBORA. No saldrá de esta clausura  
jamás, ni yo de su lado.

OVERT. Que no?—Vivireis conmigo  
todos.

DEBORA. No.

OVERT. Qué duda tiene?

DEBORA. No, mi padre no se aviene  
á tener ningun testigo  
del dolor que en su alma estalla:  
hoy vive con su agonía,

- y entónces no viviría,  
que mata el dolor que calla.
- OVERT. Pero y tú? ¿Vas á encerrar  
la dicha que gozar puedes  
entre las cuatro paredes  
de este miserable hogar?
- DEBORA. Allí donde el alma encierra  
su mision noble y sagrada  
está, señor, la morada  
más hermosa de la tierra.
- OVERT. Débora, vano es fingir.  
Dí más bien que ya no quieres  
á Ricardo, y que prefieres...
- DEBORA. Callad! Qué vais á decir?...
- OVERT. Que á dudar de tu amor llevo  
al verte tan obstinada.
- DEBORA. Madre del alma adorada...  
que no...
- OVERT. Pues bien, te lo ruego!  
Por tu madre...
- DEBORA. Oh! Por mi madre.
- OVERT. ¿Accedes?
- DEBORA. (Resuelta.) No puede ser.
- OVERT. ¿Y tu dicha?
- DEBORA. ¿Y mi deber?
- OVERT. Y mi Ricardo!...
- DEBORA. Y mi padre?
- OVERT. Oh! sí: mucha es tu firmeza,  
pero veo tu agonía  
y haré que, igual que la mia,  
sucumba tu fortaleza.  
Á la última prueba aguardo.  
¿Te niegas?
- DEBORA. ¿Y lo dudais?
- OVERT. Pues entónces.
- DEBORA. ¿Dónde vais?
- OVERT. Á decírselo á Ricardo.
- DEBORA. ¡Dios mio!
- OVERT. Le traeré aquí,  
contemplantas su dolor,  
y á ver si tienes valor  
de negarte como á mí. (Váase.)

## ESCENA VII.

DÉBORA.

Dios mio, á dudar empieza  
mi razon... Si él viene á verme;...  
pero no... sabré vencerme;  
Dios me dará fortaleza.  
Ah... si... pero es espantosa,  
horrible... la suerte mia.  
¡Me ama... me ama todavía  
y no puedo ser dichosa!

(Con exaltacion.)

Ay, cuando empiezo á pensar  
que perdí mi amor soñado,  
cuando iba á ser consagrado  
en las gradas del altar:  
siento que en mí se levantan  
ideas que odios encierran,  
y al levantarse, me aterran,  
y al ir creciendo, me espantan;  
y en mi desventura... Ah... no...  
Dios mio... Qué iba á decir  
iba airada á maldecir  
su memoria... Cielos... ¡Yo?...  
Jamás... Ah... Si habeis deshecho  
mi ilusion encantadora.  
Dios os perdone, señora,  
el daño que me habeis hecho.

ISABEL. Débora. (Por la ventana.)

DEBORA. Esa voz... Dios santo...

Es ella?...

ISABEL. Débora...

DEBORA. Sí.

Y esa mujer viene aquí...  
¿Qué haré? ¿Abrir? Oh... no... me espanto  
de pensarlo... No podría  
dominar mi sentimiento.  
¡Venir en este momento  
de dolor y de agonía!  
Pero, ¡ay Dios! ¡qué ceguedad!

Alma, por qué te detienes,  
si son tus únicos bienes  
los goces de la piedad?  
Sí. (Abre la puerta y llama á Isabel.)  
Venid.

## ESCENA VIII.

LA MISMA, ISABEL, que, trémula y desfallecida, aparece  
en la puerta del foro.

- SABEL. (Echándose en brazos de Débora.) Débora!  
(Rompiendo á llorar.) Oh!  
Al fin... Dios sea loado!  
Sola estabas, te he llamado  
y no me rechazas?...
- DEBORA. (Haciendo un esfuerzo.) No.  
Pero pasad... no hagais ruido,  
porque aún mi padre no sabe...  
Como es la nueva tan grave,  
la verdad... no me he a trevido.
- ISABEL. Qué importa? Yo no podía  
esperar... para quien llora,  
es un año cada hora  
y es un siglo cada dia.
- DEBORA. Yo buscaré la ocasion  
oportuna.
- ISABEL. Será en vano.  
Fué mi crimen tan villano  
que no merece perdon.  
Eso me impulsa á venir,  
Él no puede perdonar,  
y me tendrá que matar  
y dejaré de sufrir.
- DEBORA. Oh, no... Dios mio, ¡qué horror!  
Pensad...
- ISABEL. Estoy decidida!  
Hoy daré á Milton mi vida  
en holocausto á su honor.
- DEBOBA. No, no, confiad en mí...  
Dios me inspirará.
- ISABEL. ¡Hija mia!

DEBORA. Voy...  
ISABEL. No vayas todavía...  
tengo miedo...  
DEBORA. ¿Miedo?  
ISABEL. Sí.  
Siento una angustia cruel...  
mortal... ah!  
DEBORA. Qué?  
ISABEL. (Mirando á la puerta de la derecha.)  
Que he creído  
escuchar,...

## ESCENA IX.

LAS MISMAS, SUSANA.

SUSANA. Dónde te has ido,  
Débora? (Viendo á las dos.) Oh, Dios! Isabel!  
Isabel aquí! (Separándose con horror.)  
DEBORA. (Con dulzura.) Qué haces?  
Calma por Dios tus enojos,  
no apartes de ella los ojos,  
por piedad, no la rechaces.  
SUSANA. De repugnancia está llena  
mi alma.  
DEBORA. Dios bondadoso!  
Cristo se acercó al leproso  
y salvó á la Magdalena.  
SUSANA. Oh!... Vinísteis...  
ISABEL. Á morir  
sobre el suelo de Inglaterra,  
que entre sus brumas encierra  
mi sombrío porvenir.  
SUSANA. Pero sois vos, Dios bendito,  
lo veo y lo estoy dudando.  
ISABEL. Es que estás considerando  
lo que envejece el delito!  
SUSANA. Sí, sí, pero ahora, qué hacemos?  
tu padre no sabe nada  
y es la noticia arriesgada.  
DEBORA. Entre las dos trataremos  
de...

USANA. Silencio! Ya está aquí! (Con miedo.)

## ESCENA X.

DICHAS, MILTON.

SABEL. Ah!!

MILTON. Parecióme escuchar  
un acento singular.  
¿Hay alguien de fuera?

DEBORA. Sí!

MILTON. Y quién es?

DEBORA. (Con rapidez.) Una mujer...  
una pobre desvalida,  
enferma y desfallecida.

MILTON. (Con que una pobre.) Placer  
me causa el que Dios del cielo  
mostrándose más benigno  
conmigo, me juzgue digno  
de prestar algun consuelo.

SUSANA. (Ap.) (Siempre igual.)

MILTON. Sed bien venida  
á mi hogar, buena mujer;  
tan sólo os podrá ofrecer  
una cordial acogida...  
Venid y tomad asiento  
á mi lado.

ISABEL. (Retirándose.) Oh! No.

DEBORA. (Con dulzura.) ¿Qué haceis?

MILTON. Llegad, participareis  
de nuestro frugal sustento.  
Vamos; el puesto de honor  
os corresponde.

ISABEL. (Ap.) (¡Dios mio!  
en tu clemencia confío.)

MILTON. Se ha marchado ya el señor  
Overton?

DEBORA. Ya.

MILTON. Te diría...

DEBORA. Padre, hablaremos mañana.

MILTON. Mas...

DEBORA. Luégo... Sirve, Susana. (Se sientan.)

- MILTON. Cuida tú, Débora mia,  
de nuestra huéspedea.
- DEBORA. Sí.
- MILTON. (Á Isabel.) Que me perdoneis os ruego.  
Si yo no lo hago... estoy ciego.
- ISABEL. Señor, no os cuideis de mí!
- MILTON. (Sorprendido al oír la voz de Isabel.)  
¿Cómo? Extraña coincidencia!  
Lamentable desvarío  
de este pensamiento mio.  
Al escuchar la cadencia  
de vuestra voz... presumí...  
pero... si no os ví jamás!  
qué locura!
- SUSANA. Ya verás,  
al fin la conoce y...
- MILTON. ¿Y á dónde vais?
- DEBORA. Segun dijo  
al llegar aquí, quisiera...
- MILTON. Vais á Lóndres? ¿Os espera  
vuestro esposo... vuestro hijo,  
quizás algun padre anciano...  
Pero no me respondeis?
- ISABEL. ¡Ay!
- MILTON. Qué es eso? ¿Qué teneis?  
Siento temblar vuestra mano.  
¿Qué teneis?
- ISABEL. Que mi razon  
sucumbe... que Dios castiga...  
que hace dós años se abriga  
la muerte en mi corazon,
- MILTON. Ah! tú!... la infame... la infiel!  
Justicia de Dios!
- ISABEL. Matadme.  
(Milton busca á tientas y coge un cuchillo de los  
que habrá sobre la mesa.)
- DEBORA. Ah, no, no, padre.
- MILTON. Oh, dejadme.
- SUSANA. (Á Isabel con terror.)  
Huid por Dios, Isabel.
- ISABEL. Nunca: espero mi castigo.
- DEBORA. Padre, piedad.



- MILTON. Imposible!
- ISABEL. Cese el sufrimiento horrible...
- MILTON. Tú sufrir?
- ISABEL. Dios es testigo...
- MILTON. Tú sufrir? En estos años  
ha turbado tu contento  
la pena... el remordimiento?  
No... los tristes desengaños  
te hicieron aquí llegar  
humillada, envilecida,  
como viene la que olvida  
su fé, su honor y su hogar.
- DEBORA. Tened en cuenta sus penas.
- MILTON. Mi venganza necesita  
toda la sangre maldita  
que circula por sus venas.
- SUSANA. Oh!
- DEBORA. Perdonadla.
- MILTON. Jamás.
- SUSANA. Señor!
- DEBORA. Mi amor es lo ruega.
- MILTON. Dios á mi brazo la entrega.
- DEBORA. (Con solemne acento.)  
Dios dice, no matarás.
- MILTON. Oh!  
(Deja caer el cuchillo y se cubre el rostro con las  
manos. Overton se presenta en la puerta del  
fondo.)

## ESCENA X.

DICHOS, OVERTON.

- OVERT. Milton, un deber te impone  
Dios, y cumplirlo es forzoso;  
sé grande, sé generoso.  
Perdona.
- MILTON. ¿Que yo perdone?  
Perdonar? ¿Y de qué suerte  
si me figuro estar viendo  
el cuadro fatal, horrendo,  
de mi deshonra y mi muerte! (Breve pausa.)

\*Tras de los muros gigantes  
\*que en Bizancio el turco ostenta,  
\*vivían para mi afrenta  
\*los dos impuros amantes.  
Él consumido en el fuego  
que arrastra el vicio consigo,  
traidor á su buen amigo:  
traidor á su patria luégo,  
traidor á su Dios tambien.  
Y ella, villana y perjura  
narcotizada en la impura  
sensualidad del haren.

OVERT. No! que sufrieron la suerte  
del amor sensual é impío:  
tras del placer el hastío,  
tras del hastío la muerte.

MILTON. ¿Qué?

OVERT. Lo supe hace un momento  
y aquí vine apresurado.

MILTON. Phílaras?...

OVERT. Hoy ha llegado  
la noticia el Parlamento...  
Torpe esclavo del Divan  
llevó á los suyos la guerra  
y entró talando su tierra  
como Visir del Sultan.

MILTON. ¡Infame!...

OVERT. Llegó á Candía,  
donde pujante alentaba  
lo que Phílaras llamaba  
insensata rebeldía;  
y allí, tras de mil horrores,  
fué su ejército arrollado.

MILTON. ¿Y él murió?

OVERT. Murió arrastrado.

MILTON. ¡Digno fin de los traidores!

OVERT. Ya de su torpe traicion  
á Dios le plugo vengarte.  
Él murió, y ella, en qué parte  
de la tierra, en qué rincon  
del mundo podrá ocultar  
su vergüenza y su pecado?

DEBORA. En un sitio consagrado  
por Dios, al pie del altar.  
Yo sé que su religion (Señalando á Isabel.)  
tiene sagrados lugares  
donde calmar sus pesares  
los tristes de corazon.  
Dios en esos sitios mora,  
y si á rogarle se llega,  
no ve el crimen del que ruega  
sino la fé con que ora.

ISABEL. El cielo te inspira.

MILTON. Sí.

ISABEL. Parto á vivir en la muerte,  
Dios, por tu boca, me advierte  
que aún hay perdon para mí.  
En Él lo hallaré quizás,  
pero ¡ay! en la tierra...

DEBORA. ¡Padre!

Porque la he llamado madre  
perdonadla.

MILTON. No, jamás.

Cuando al impulso traidor  
de una pasion fermentada  
se ha desgarrado una vida  
y se ha ultrajado un honor...

DEBORA. Señor...

MILTON. Cuando una mujer  
destroza inhumanamente  
el alma de una inocente,  
que tenía en otro ser  
su amor, sus deseos fijos,  
y á un padre se le ha robado  
la luz que el cielo le ha dado  
para mirar á sus hijos...  
si el padre perdona, miente;  
vivo y punzante el agravio  
no puede decir mi labio  
lo que el corazon no siente.

DEBORA. Oh!

MILTON. No esperéis que sucumba.

OVERT. Milton!

MILTON. No es que te odie, no;

- si mueres ántes que yo  
iré á rezar en tu tumba!
- SUSANA. Cuán bueno!
- OVERT. Digna es de tí  
la oferta...
- ISABEL. ¿Qué más ansío?  
Matadme pronto, Dios mio,  
para que rece por mí!...  
Adios Milton!
- MILTON. (Ap. conmovido.) La emocion  
está ahogando mi alma en llanto!  
Dios mio... la amaba tanto...  
(Dominándose.) Calla... Calla... corazon.  
El claustro te espera... Vé.
- SABEL. Sí... Sí... que Dios te bendiga.  
(Coge una mano de Milton y se la besa. Va á salir y al llegar al promedio de la escena se detiene.)  
Ah! me rinde la fatiga.
- DEBORA. (Haciéndola que se apoye en su brazo.)  
Pues venid, yo os llevaré.
- MILTON. ¡Extraña coincidencia  
de un poder santo y bendito!  
Overton, mira el delito  
llevado por la inocencia.  
(Vánse Isabel y Débora. La primera apoyada en la segunda. Mientras ellas se van habrá dicho Milton la redondilla que antecede.)]

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos ISABEL y DÉBORA.

- OVERT. Al fin la ha llamado madre.
- SUSANA. (En la puerta del foro y siguiendo con la vista á Débora y á Isabel.)  
¡La cuida con un afan!...
- OVERT. ¿Y nuestros hijos. ¿Qué harán?
- MILTON. (Con expansion.)  
¿Piensas que yo no soy padre?  
Sean felices los dos.
- OVERT. Tú con tu hija eternamente.

MILTON. Overton, doblo la frente  
ante los juicios de Dios.  
Él apartó de mi mano  
el puñal del homicida,  
su justicia bendecida  
castigó el crimen villano;  
Él por mis ruegos movido  
volvió á mi pecho la fé,  
con ella yo encontraré  
mi Paraiso perdido.

FIN DEL DRAMA .



Los autores de este drama, ávidos de aprender, han leído la crítica que ha merecido su obra, y han encontrado las siguientes apreciaciones:

«Los Sres: Echevarría y Santivañes han dotado á la escena patria de una joya dramática digna de competir con el antiguo drama del famoso escritor alemán Kotzebue, *Misantrópia y arrepentimiento*, en que verdaderamente se resuelve, bajo el punto de vista filosófico y cristiano, la terrible cuestion de la infidelidad conyugal.» (*El Tiempo.*)

«La candorosa sencillez que en ella resplandece la hace aparecer obra de un poeta niño, á quien no sería razonable tratar duramente. Hay allí tan buena fe, tan loable intencion y tanta inocencia que pecaríamos de crueles si la maltratáramos. Limitémonos, pues, á decir á sus autores que no es ese el camino que han de seguir... etc.» (*El Globo.*)

«Los Sres. Echevarría y Santivañes son vates harto bizarros para que no hayan sembrado bellezas con larga mano en el desenvolvimiento poético de su composicion. Abundan realmente en ella los buenos versos, las pinceladas felices, los arranques briosos y oportunos, y en este punto los autores de *El paraíso de Milton* han arrancado con justicia muchos y muy espontáneos aplausos. Por desgracia la fuerza dramática del poema no está en razon directa de la gallardía del estilo, y el cañamazo no es digno del bordado.» (*El Imparcial.*)

«Los autores salieron á escena sin que los llamara el público.» (*Un noticiero.*)

«Los autores merecieron ser llamados y salieron á

escena entre unánimes y espontáneos aplausos, cuatro veces al final del acto segundo y cinco al final del tercero.» (*Otro noticiero.*)

«El tercer acto es una superfetacion inútil: el segundo es animado, interesante y dramático y merece los aplausos que le otorgó el público.» (*Un distinguido crítico.*)

«El tercer acto es el más sentido y el mejor de la obra.» (*Otro distinguido crítico.*)

Después de esta diversidad de pareceres y de noticias, los autores se ven en la sensible necesidad de tener que seguir su difícil camino sin hallar norte ni guía en la *crítica dramática española*.

Respetuosos con todos los pareceres, no pueden, aunque quieran, saber lo que han hecho de *bueno* y de *malo* en su obra, y lo que deben hacer en las sucesivas. ¡Ojala consigan como en la presente escuchar los aplausos del público!







TÍTULOS.

ACTOS.

AUTORES.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2 1 Amor y amor propio.....	3	Fuentes y Alcon....	Todo.
» » El baston y el sombrero.....	3	Eusebio Blasco.....	»
5 2 El nudo Gordiano—d. o. v. . .	3	Eugenio Sellés.....	»
5 2 El ramo de flores.....	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6 2 El rosario de mi abuela.....	3	D. J. G. de Lima.....	»
9 4 La deshonra.....	3	Manuel Noguerras....	»
6 3 La opinión pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano.....	»
» » La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
3 3 Las consecuencias.....	3	D. J. G. de Lima.....	»
9 4 Las penas del purgatorio—c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
» » Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
7 3 Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»

ZARZUELAS.

2 2 Candidez y travesura.....	4	D. Jerónimo Moran,.....	L.
Don Abdon y Don Senen.....	4	Sres. Liern y Rubio y Espino.....	L. y M.
En la calle de Toledo.....	4	Sres. B. de Cortes y Rubio	L. y M.
2 1 La niñera.....	1	D. Luis Pacheco.....	L.
3 3 Las damas de la camelia.....	1	Jerónimo Moran....	L.
Los dos cazadores.....	1	Ricardo Caballero...	L.
Panchita en el muelle de la Habana.....	4	Sres. Chueca y Valverde.	M.
5 6 El diablo en la Abadía.....	2	Sres. Almeda y Mangiagalli	L. y M.
5 4 El padrino.....	2	Trinchant y P. Castro	L.
3 1 El ruego de una madre.....	2	D. Sebastian Cruellas,..	L. y M.
El destierro del amor.....	2	Sres. Liern, Rubio y Espino.....	L. y M.
5 2 c. El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
4 3 c. El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton.....	L. y M.
1 2 Fra-Diavolo.....	3	D. Jerónimo Moran. . .	L.
La banda del rey.....	3	José Casares.....	1/2 M.
6 3 c. La dama blanca... ..	3	Sres. Moran y Andilla...	L.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas,  
de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-  
DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.